

Contenido

Quintín Balderrama López, sj
Rector

Felipe Espinosa Torres, sj
Vicerrector Educativo

Carlos Portal Salas
Vicerrector Académico

Ma. Cristina Solórzano Garibay
Directora y editora

Mariana Ramírez Estrada
Secretaría técnica y correctora de estilo

Jaime Muñoz Vargas
Asesor

Comité Editorial
Ricardo Coronado Velasco
Guillermo Garibay Franco
Brenda Azucena Muñoz
Jaime Muñoz Vargas
Margarita Torres Rodríguez
Juan Manuel Torres Vega

Jacob Atiyeh Yunes Rdz.
Diseño Gráfico

Viñetas: Erasmo Bernadac Graciano

Acequias No. 28 verano junio 2004, revista trimestral publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial, dependiente de la Vicerrectoría Educativa de la Universidad Iberoamericana Torreón. Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores del plantel. Toda colaboración o correspondencia deberá dirigirse al Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, 27010 Torreón, Coah. Teléfono (871) 729 11 35 o en la dirección electrónica acequias@lag.uia.mx

Tiraje 1500 ejemplares. Impreso en Gráfica Impresa, SA de CV, Rio Yaqui 1283, Col. Las Magdalenas, 27010 Torreón, Coah.

Número de reserva al Título en Derechos de Autor: 04-1999-020116360000-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825 y Número de Certificado de Licitud de Contenido: 8708 otorgados por la Secretaría de Gobernación.

Las opiniones vertidas en los artículos de esta revista no representan en ningún modo la postura institucional de la Universidad. Son juicios de la estricta responsabilidad de los autores.

2	EDUCACIÓN INTEGRAL EN EL CONTEXTO JESUITA E IGNACIANO MARCO ANTONIO BRAN FLORES, SJ
8	Fernando Cardenal, homilia de los últimos votos
15	De la guerra fría a la guerra caliente. Capitalismo y barbarie RUTILIO TOMÁS REA BECERRA
20	Una medida disciplinar JUAN MANUEL TORRES VEGA
23	EL COORDINADOR DE GRUPOS Y EL LUGAR DE LA CREATIVIDAD ANA MARÍA URDAPILLETa MEZA
26	¿Es cristiana Europa? JOSÉ MARÍA MARDONES
29	ENCUENTROS DE LUZ / BAJO LAS SÁBANAS / LOS ÁNGELES FEDERICO CORRAL VALLEJO
30	Poiesis, la voz totalizadora de Raymundo Ramos JAIME MUÑOZ VARGAS
33	Agenda ADÁN ECHEVERRÍA GARCÍA
34	PEQUEÑO POEMA A RAQUEL RAFAEL MONDRAGÓN
36	LLEGA / YO SEÑOR INDISTINTO... DANIEL MALDONADO
38	Quincas Borba: las marcas de la lectura EDUARDO MUSLIP
44	JESUITAS: ARTE Y MINISTERIOS EN LA NUEVA ESPAÑA SERGIO ANTONIO CORONA PÁEZ
50	El cielo sin espacio / Se conformó con ser un un quijote ALFONSO VÁZQUEZ SOTELO
52	“No encontrarás mi nombre”. En los 76 años de Enriqueta Ochoa GERARDO SEGURA
54	Hoy junté los pedazos RICARDO CORONADO VELASCO
57	Laberinto interior NAZUL ARAMAYO
62	Los fines de semana CARLOS MARTÍN
66	El Camino de Santiago, el camino de la vida ROSSANA CONTE
70	Kubrick y la capacidad de elegir FERNANDO SANTOYO TELLO

La Universidad Iberoamericana Torreón

para celebrar el séptimo aniversario de la revista

Acequias

convocan al sexto certamen internacional

Agustín de Espinoza, sj*

con las siguientes bases:

1. Presentar un ensayo inédito con el tema: **Migración sin fronteras**.
2. Podrán participar todos los interesados en el tema.
3. Los trabajos deberán tener una extensión mínima de cinco y máxima de ocho cuartillas a doble espacio (28–30 renglones de 60–65 caracteres en 14 puntos).
4. Los trabajos deberán enviarse (original y disquete) firmados y con seudónimo a:
Universidad Iberoamericana Torreón
Centro de Difusión Editorial
Calzada Iberoamericana 2255, 27010 Torreón, Coah.

Los trabajos enviados por correo serán aceptados siempre y cuando la fecha del matasellos coincida con la fecha límite de entrega.

5. Los datos del participante: nombre, dirección, teléfono, fax, correo electrónico y explicación breve de su relación con la Universidad, deberán presentarse en sobre aparte y cerrado con el seudónimo inscrito al frente.
6. El plazo de entrega de los trabajos vence el 1 de septiembre de 2004.
7. El jurado calificador estará integrado por especialistas con amplio reconocimiento público, y sus nombres serán dados a conocer junto con el fallo que emitan.
8. El fallo del Jurado se dará a conocer durante el mes de diciembre y en el número 30 de la revista *Acequias*.
9. Los ensayos ganadores serán publicados en la revista *Acequias*. Otros trabajos podrán ser seleccionados y propuestos para su publicación por el jurado para lo cual se pedirá su autorización a los autores
10. Los premios constan de diploma y:

Primer lugar \$ 8,000.00 Segundo lugar \$ 5,000.00 Tercer lugar \$ 3,000.00

Y serán entregados en el marco del IV Foro de Derechos Humanos del Sistema UIA ITESO a celebrarse en octubre en la UIA Torreón. En el caso de ganar alguno de estos premios una persona que radique fuera de la Comarca Lagunera, tanto su premio como el diploma le serán enviados a su lugar de residencia.

11. Los trabajos ganadores serán propiedad exclusiva de la revista *Acequias* durante doce meses, la cual decidirá los caminos para la publicación y difusión de los mismos. No se devolverán los originales ni las copias de los trabajos.
12. Cualquier caso no previsto en la presente Convocatoria será resuelto por el Jurado.

Para cualquier duda referente a la presente Convocatoria favor de llamar
al teléfono (871) 7 29 11 35 o escribir a acequias@lag.uia.mx

* Primer jesuita en llegar a La Laguna en el año de 1598.

Editorial

Tomar como base las condiciones del mundo actual nos indicaría, a simple vista, que el modelo educativo a seguir está hoy, más que nunca, lejos de las humanidades. Da la impresión, insistimos que a simple vista, de que las experiencias del espíritu no sirven en este planeta siervo del mercado, atado a una globalización entendida sólo como fenómeno ligado a la producción, a la vida material de la humanidad. Vista así, en los años recientes la educación ha tendido a preparar técnicos, engranes especializados, máquinas útiles para favorecer tal o cual rama de la economía.

La brutal primacía del mercado sobre el hombre ha traído como consecuencia, por ello, una cada vez más honda polarización: de un lado el gran capital, la inagotabilidad del dinero como fuente de poder no sólo económico, sino también político y social, el fortalecimiento de países que, para aplastar a otros, pueden autoatribuirse una especiosa posición como defensores de la libertad; por el otro, pueblos enteros, millones de personas atrapadas en el laberinto de la explotación y la carencia, naciones desgarradas, agredidas, aculturadas por la simple razón de que en ellas el desarrollo económico se ha dado, por cualquier razón, a otro ritmo.

En tal escenario, las universidades no pueden posponer la reflexión y, si se puede, el debate sobre su postura ante el esquema educativo que habrán de elegir. Tienen ante sí la posibilidad de adaptarse a las nuevas reglas del juego y sesgarse sólo hacia la impartición de un conocimiento utilitario, ayuno en su totalidad de rasgos que posibiliten, si no un cambio radical que contradiga las imposiciones del mercado, sí una permanente negación al camino unidireccional.

Dicha negación debe partir, obviamente, de la vuelta al humanismo como característica fundamental de la educación universitaria. Por eso mismo, cuando en la Ibero se habla de “modelo educativo” lo que se tiene en mente es la necesidad de formar profesionales técnicamente competentes para desenvolverse en cualquier rama del quehacer humano, en efecto, pero sin renunciar al humanismo como fundamento de la educación que aquí se ofrece. Así lo plantea Marco Antonio Bran en el ensayo que sobre el tema contiene esta edición de *Acequias*, donde afirma que nuestra educación “debe distinguirse por la manera en que ayuda a los estudiantes; —y en este caso, también a los académicos, administrativos y personal operativo; padres de familia y comunidad donde se halla inserta la escuela—; a dirigirse, con libertad, hacia una fe intelectualmente madura. Esto incluye permitirles el desarrollo de una sensibilidad orientada hacia el sufrimiento de nuestro mundo y el deseo de actuar en la transformación de las estructuras sociales injustas que son la causa de este sufrimiento. Un gran desafío ante el cual ninguno responderá de manera enteramente igual y que, sin embargo, recae en todos los miembros de un centro educativo ignaciano”.

Abrazar ese compromiso no es una decisión simple, y quizás es la más importante que en los tiempos actuales debe tomar cualquier universidad. Por ello, redundaríamos al decir que en el modelo educativo de la Ibero, sin dudarlo, seguimos esta vía.

JAIME MUÑOZ VARGAS

Educación integral en el contexto jesuita e ignaciano

Marco Antonio Bran Flores, sj

MARCO ANTONIO BRAN FLORES, sj
Licenciado en Filosofía por la UIA ciudad de México, en Filosofía y Ciencias Sociales por el Instituto Libre de Filosofía y Ciencias y en Ciencias Teológicas. Actualmente desempeña el cargo de rector del Instituto Cultural Tampico.

ORÍGENES Y DESARROLLO DE LA INTEGRALIDAD EDUCATIVA EN LA TRADICIÓN JESUÍTICA

Desde la primera incursión de la Compañía de Jesús en el campo educativo, ésta asumió la nueva tarea de manera crítica y propositiva. Al interrogarse por las cuestiones sustanciales que delimitan la educación, abordó el currículum de estudios, la pedagogía en las aulas, la selección y accesibilidad de los libros de texto, la transparencia de los procesos administrativos... Tal fue el caso del primer colegio, fundado apenas ocho años después de la constitución oficial de la Orden.¹ Cuando en 1548 Ignacio de Loyola aceptó la fundación de un colegio en Messina (Sicilia), envió un talentoso y cosmopolita grupo de seis jesuitas que tenía la responsabilidad no sólo de impartir clases, sino también de proporcionar al nuevo centro educativo un plan de estudios y un método de enseñanza. Rector de la institución y cabeza del grupo, Jerónimo Nadal —además, estrecho colaborador de Ignacio— trazaría las líneas fundamentales del currículum en concordancia con las promovidas por los humanistas del Renacimiento. El tratado *De la organización y orden del estudio general*,² junto con otros escritos suyos, constituyeron el primer aporte en

la organización del “plan de estudios” que orientó a las escuelas jesuíticas.

Al siguiente año de la fundación del colegio de Messina abrió sus puertas el de Palermo, y dos años después los de Roma y Viena. En pocas décadas los colegios se extendieron por todas partes. A la muerte de Ignacio, ocurrida en 1556, la Compañía tenía a su cargo 35 colegios y para 1773, año en que la Compañía de Jesús fue suprimida en todo el mundo por un edicto papal, los jesuitas operaban más de 800 universidades, seminarios, escuelas primarias y secundarias a lo largo y ancho de todo el orbe. El mundo nunca antes había visto una red de instituciones educativas tan amplia y organizada. Con las escuelas de la Compañía se extendía y desarrollaba una visión fundamental: las materias de letras o humanidades podían ser integradas en el estudio de asignaturas profesionales o científicas.

Con base en una amplia experiencia, Ignacio dedicó la parte más extensa de las *Constituciones*, el documento que encuadra el estilo propio de la Compañía, al tema de la educación.³ Se trata de la Parte IV titulada “Del instruir en letras y en otros medios de ayudar a los prójimos”. “Allí recoge su ‘pensamiento’ sobre los aspectos propios de los procesos educativos de su tiempo, abar-

cando desde lo material hasta lo intelectual”.⁴ De los cinco capítulos que constituyen el núcleo de las ideas de Ignacio sobre la educación (del 12 al 17) destaquemos dos aspectos: Ignacio lleva la formación intelectual más allá de las asignaturas clásicas del programa escolástico, la filosofía y la teología, al incluir los estudios humanísticos –literatura, historia y teatro, entre otros–. Por otro lado, en el apartado referente al método y orden de las clases, Ignacio asigna al estudiante un papel activo en el proceso de aprendizaje al señalar, entre otras cosas, que las experiencias prácticas deben combinarse con la formación intelectual. Ambos elementos desempeñarán una función relevante en la trama que teje la historia de la educación jesuita.

Sin embargo, las orientaciones generales trazadas por Ignacio y los esfuerzos de los primeros jesuitas educadores por reflexionar y sistematizar su experiencia no fueron suficientes. Justo después de la apertura del colegio de Viena, Ignacio lamentaba que se estuviera ofreciendo una mezcolanza de cursos sin un plan curricular que los sustentara. Poco a poco se impuso algo de orden, pero los educadores jesuitas pedían, cada vez con mayor insistencia, un documento, “un plan de estudios” comprensible que pudieran usar como guía. La plena satisfacción de las cuestiones abiertas por las interrogantes iniciales aún estaba por colmarse.

Después de la muerte de Ignacio los esfuerzos no decayeron. El trabajo de las comisiones internacionales de jesuitas, nombradas *ex profeso* por los prepositos generales para redactar un orden de los estudios, frecuentemente se combinó con los esfuerzos individuales por acumular y recoger las experiencias.⁵ Entre estos últimos destaca el trabajo del jesuita español Diego de Ledesma,

quién realizó el intento de codificar la experiencia educativa del Colegio Romano –a partir de 1565, Universidad Gregoriana–. El documento más importante, que intituló *De Ratione Studiorum Collegii Romani*,⁶ anuncia el plan de una obra en cinco volúmenes: el orden y método de los estudios humanísticos, la enseñanza de las ciencias y otras ramas en las facultades superiores, los factores comunes a todas las facultades de la universidad, la piedad y la disciplina, y las reglas y oficios que gobiernan a todo el sistema. Esta simple enumeración de temas nos revela por sí misma la persistencia de una inquietud por la labor educativa que en su perspectiva fundamental rebasa el ejercicio puramente intelectual.

Pero fue en 1599 cuando el proyecto largamente querido llegó a buen término con la publicación oficial de la *Ratio Studiorum* “que llegó a convertirse en la Carta Magna de la educación jesuita”.⁷ Si bien, en los siglos anteriores varias órdenes mendicantes habían poseído un documento del mismo nombre, éste contenía el plan de formación para sus nuevos miembros. En contraste, “la *Ratio* de los jesuitas fue diferente al trazar los planes de estudio tanto para los estudiantes laicos como para los jesuitas. Pero también fue diferente porque el ‘Plan de estudios’ ahora incluía las humanidades [...] junto a la filosofía y la teología, las asignaturas tradicionalmente cléricales”.⁸ Esto significa, entre otras cosas, que la *Ratio Studiorum* de los jesuitas asumió que el programa humanístico del Renacimiento era compatible con el programa escolástico de la Edad Media. Casi por 400 años, allí quedó plasmado el interés de los jesuitas por el desarrollo integral de sus estudiantes, con todos los detalles posibles que garantizaban tanto una for-

mación completa como un rumbo claramente definido.

En los desarrollos de los siglos posteriores la educación de la Compañía ha mantenido viva una constante: la incansable búsqueda de la formación integral. Sin embargo, de cara a algunas tendencias actuales que simplificadoramente identifican una formación “lo más completa posible” con la “educación integral”, es necesario anotar que en la tradición educativa jesuita la *integralidad educativa* se sustenta al menos en dos aspectos esenciales: el *sentido* de esa formación o educación, por una parte, y su *amplitud* o radio de acción, por otra. Expliquemos, el *sentido* de la educación integral refiere el para qué de la misma: no hay educación neutra, siempre se forma para algo; pues bien, el sentido del proyecto de formación en un centro educativo jesuita se orienta por la formulación de la Misión de la Compañía de Jesús; de ella se desprenderá un horizonte valoral que lo impactará directamente. Por otro lado, la *amplitud* de la acción formativa describe los ámbitos antropológicos y los procesos de enseñanza-aprendizaje que la educación jesuita necesariamente aborda y pone de relieve.

En el texto *Características de la Educación de la Compañía de Jesús* (1986), –publicado en el 400 aniversario de la primera edición de la *Ratio Studiorum*⁷–, podemos identificar una clara atención a los dos aspectos señalados. En él se identifica plenamente el propósito de “la formación total de cada persona dentro de la comunidad” educativa con el fin de hacerlos hombres y mujeres competentes para enfrentar y resolver acertadamente los problemas que su entorno les plantea. Al formular el compromiso de la educación jesuita e ignaciana⁹ por el “desarrollo más completo posible de todos los ta-

lentos individuales” señala que ello responde “a la formación de hombres y mujeres decididos a poner en práctica sus convicciones y actitudes en sus propias vidas” para construir “estructuras humanas más justas, que posibiliten el ejercicio de la libertad unido a una mayor dignidad humana para todos”.¹⁰ En este sentido, si bien no deja lugar a dudas sobre cuál es la orientación central de un colegio jesuita: “es la educación para la justicia” (n. 77), tampoco deja de indicar que para ello es necesario que “todos los aspectos de la vida escolar contribuyan [...] a la formación de la persona equilibrada con una filosofía de la vida, desarrollada personalmente, que incluye hábitos permanentes de reflexión” (n. 32).

Esto se hace explícito cuando considera que la educación no puede ser puramente intelectual, sino que debe prestar atención al desarrollo de la imaginación, de la afectividad y de la creatividad de cada estudiante en todos los programas de estudio, porque “estas dimensiones enriquecen el aprendizaje” y “son esenciales en la formación integral de la persona” (n. 28). Por estas mismas razones considera que la educación de la corporalidad debe estar en armonía con otros aspectos del proceso educativo e invita a que todos los estudiantes lleguen a apreciar la literatura, la estética, la música y las bellas artes; a desarrollar técnicas eficaces de comunicación y a evaluar críticamente el influjo de los medios de comunicación de masas, entre otros aspectos.

Como se evidencia, podemos afirmar que, sea que consideremos sus orígenes, sea que observemos su desarrollo a lo largo de más de cuatro siglos, o bien, ponderemos la vigencia de su propuesta, la educación jesuita es, propiamente, sinónimo y significado genuino de educación integral.

NUESTRA COMPRENSIÓN DE EDUCACIÓN INTEGRAL

A la luz de lo dicho en el subtítulo anterior, nos preguntamos ¿qué entendemos hoy por educación integral? Aco- giéndonos a la fecunda tradición de la que somos herederos y apoyados en los documentos más recientes que inspiran y orientan nuestra tarea, describimos la educación integral en los siguientes términos:

La educación jesuita/ ignaciana:

- Mira la vida y el universo entero como un regalo que nos invita a la grandeza plena y a mantener viva nuestra capacidad de asombro.
- Da un amplio margen al desarrollo de la imaginación, de la afectividad, de la creatividad, de la corporalidad y del intelecto.
- Busca encontrar la Divinidad en todas las cosas –en todas las personas y culturas, en todas las áreas de estudio y aprendizaje, en cada experiencia humana y (para los cristianos) especialmente en la persona de Jesús–.
- Cultiva una conciencia crítica del mal personal y social, pero señalando que el amor de Dios es más poderoso que cualquier mal.
- Es una educación liberadora de la libertad necesaria para el discernimiento y la acción responsable.
- Fomenta en los estudiantes convertirse en líderes en el servicio, “hombres y mujeres para otros”, que construyan mundos de vida y sociedades más justas y más humanas.

Estos rasgos específicos dan la clave de nuestra identidad como centro educativo de la Compañía de Jesús y de nuestra comprensión de la educación integral al expresar de un modo coherente y lúcido nuestros ideales, métodos y objetivos educativos. Vis-

tos de manera dinámica, describen el proceso de formación –continuo, dinámico y participativo– que busca desarrollar armónica y concretamente todas y cada una de las dimensiones que constituyen a la persona a la luz de los valores ignacianos con el fin de lograr la plena realización de cada hombre y mujer dentro de la comunidad humana. Hasta aquí tenemos la descripción de uno de los dos elementos esenciales a la educación integral: lo que hemos llamado *amplitud*.

Con todo, debemos apuntar que la formación integral o educación ignaciana no es un camino hecho, sino una ruta a recorrer. A este propósito, recorremos las palabras con que el padre Kolvenbach presentaba el citado texto de *Características...* “no como algo definitivo y terminado, porque eso sería muy difícil y probablemente imposible; sino más bien como un instrumento que nos ayudará a afrontar cualquier tipo de dificultades que podamos encontrar, ya que él proporciona a toda la Compañía una perspectiva unitaria”.¹¹

EL SERVICIO DE LA FE Y LA PROMOCIÓN DE LA JUSTICIA, CLAVE CIERTA DE LECTURA

Hemos dicho que un segundo elemento esencial a la educación integral es el *sentido* de ésta. Ahondemos un poco en ello.

Por un lado, cada centro educativo ignaciano, al apoyarse en siglos de compromiso jesuita con la educación integral de las personas, no tiene sólo una historia, sino también una herencia. Por otro, es bien conocido que durante más de cuatro siglos y medio las escuelas jesuitas han educado líderes sociales. Pues bien, esta misma tradición de excelencia académica ha inspirado en sus estudiantes no sólo el desarrollo de un pensamiento eficaz y una participación efectiva en sus sociedades sino, sobre todo, acoger con amor ese

aprendizaje.¹² El amplio marco dentro del cual se desarrolla la labor educativa de las instituciones jesuitas e ignacianas y halla acogida dicho aprendizaje, no es otro que el de la Misión misma de la Compañía de Jesús.

Dada su relevancia, revisemos, al menos de un modo somero, cómo se ha formulado en las últimas décadas. Hacerlo nos brindará el contexto preciso que cuadre nuestra lectura de la educación integral.

En 1975, jesuitas provenientes de todas partes del mundo se reunieron en una solemne asamblea con la finalidad de estimar su estado presente y formular planes para el futuro. Denotando que la huella distintiva de cualquier ministerio que merezca el nombre jesuita debe ser el “servicio de la fe” del cual “la promoción de la justicia” es una exigencia absoluta, dejaron formulada en términos contemporáneos la centenaria Misión de la Compañía de Jesús.¹³ Ésta es la clave de lectura cierta del papel de la integralidad en la educación.

De la impronta de todo ministerio jesuita deriva un horizonte valoral. Éste fue actualizado para el campo de la educación por el entonces Preprósito General de la Compañía, el padre Pedro Arrupe, al enunciar la formación de “hombres para los demás” como la meta y objetivo educativo de los jesuitas. En el discurso que dirigió a los participantes del X Congreso Internacional de Antiguos Alumnos de la Compañía, el 31 de julio de 1973 en Valencia, aseveró:

Nuestra meta y objetivo educativo es formar hombres que no vivan para sí mismos, sino para Dios y su Cristo, para aquel que por nosotros murió y resucitó; HOMBRES PARA LOS DEMÁS, es decir, hombres que no conciban el amor

a Dios sin el amor al hombre; un amor que tiene como primer postulado la justicia y que es la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa.

La expresión “hombres para los demás” ha sido enriquecida por el actual Preprósito General de la Orden, el padre Peter-Häns Kolvenbach, sj, en el discurso que sobre el propósito último de la educación jesuita e ignaciana pronunció en la Universidad de Georgetown en 1989:

El objetivo último de la educación jesuita es, más bien, el crecimiento global de la persona que lleva a la acción, inspirada por el Espíritu y la presencia de Jesucristo, el Hijo de Dios, el Hombre para los demás. Este objetivo orientado a la acción está basado en una comprensión reflexiva y vivificada por la contemplación, e insta a los alumnos al dominio de sí y a la iniciativa, integridad y exactitud. Al mismo tiempo discierne las formas de pensar fáciles y superficiales indignas del individuo, y sobre todo peligrosas para el mundo al que ellos y ellas están llamados a servir.

El mismo padre Kolvenbach, en el mensaje que dirigió a la comunidad educativa de la Escuela Carlos Pereyra afirmaba en 1990: “Nuestro ideal es la persona armónicamente formada, que es intelectualmente competente, movida por el amor, y comprometida en realizar la justicia en un servicio generoso al Pueblo de Dios.”

En otras palabras, la educación jesuita debe distinguirse por la manera en que ayuda a los estudiantes —y en este caso, también a los académicos, administrativos y personal operativo; padres de familia y comunidad donde se halla inserta la escuela— a dirigirse,

con libertad, hacia una fe intelectualmente madura. Esto incluye permitirles el desarrollo de una sensibilidad orientada hacia el sufrimiento de nuestro mundo y el deseo de actuar en la transformación de las estructuras sociales injustas que son la causa de este sufrimiento. Un gran desafío ante el cual ninguno responderá de manera enteramente igual y que, sin embargo, recae en todos los miembros de un centro educativo ignaciano.

Podemos concluir que la educación integral nos remite a una Visión y un Proyecto Educativo que, al articular la reflexión valoral en la vida concreta de la comunidad escolar, proyecta al hombre de una manera total, única y trascendente: hombres y mujeres llamados a la plenitud de vida en “el servicio de la fe y la promoción de la justicia”. Éste es el espíritu que anima nuestra comprensión de la integralidad. **A**

¹ La Compañía de Jesús fue oficialmente fundada el 27 de septiembre de 1540 por la bula de Paulo III (1534-1549) *Regimini militantis Ecclesiae*. Por otra parte, la progresiva definición del conjunto de aspectos curriculares, pedagógicos, disciplinares, didácticos y bibliográficos, administrativos, etcétera, marcaría históricamente el nacimiento de una nueva institución educativa: el colegio (Cf. Alfonso Alfaro, “La educación: los nudos de la trama”, *Artes de México*, n. 58, México: 2001, pp. 10-19).

² Véase *Monumenta Pedagógica, 1550-1556*, 1965, I, pp. 133-161.

³ Ignacio comenzó la redacción de las Constituciones en 1547 y en 1550 presentó un borrador al grupo de los “primeros compañeros”; después de sugerir algunos cambios y adiciones, en 1552 se dio por terminada la revisión. Entonces Ignacio dispuso que se promulgaran y aplicaran *ad experimentum* en todas las casas de la Orden. El documento fue aprobado definitivamente en 1557 por la Primera Congregación General de la Compañía.

⁴ José Leonardo Rincón sj, “Visión panorámica del apostolado educativo de la Compañía de Jesús”, artículo inédito, citado por ACODESI, “La formación integral y sus dimensiones”, Bogotá DC: 2002, p. 10.

⁵ Véase Ernesto Meneses, sj, *El Código Educativo de la Compañía de Jesús*, México: UIA, 1988.

⁶ Véase *Monumenta Pedagógica, 1557-1572*, II, pp. 9-40, 519-627.

⁷ John W. O’Malley, sj, *Ratio Studiorum: Jesuit education, 1548-1773*, EU: Boston College, 1999.

⁸ *Idem*.

⁹ “Aun cuando los centros [educativos] son llama-

dos normalmente ‘centros jesuíticos’ o ‘centros de la Compañía’, la visión debería ser llamada más propiamente ‘ignaciana’ y nunca ha quedado limitada a los jesuitas. Ignacio mismo era un laico cuando experimentó la llamada de Dios que él describió más tarde en los *Ejercicios Espirituales*, y dirigió a otros muchos laicos a través de la misma experiencia; a lo largo de los últimos cuatro siglos, un número incontable de seglares y miembros de otras instituciones religiosas han participado de esta inspiración y han sido influenciados por ella”. Cf. ICAJE, *Características de la Educación de la Compañía de Jesús*, n. 10, México: Buena Prensa, 1990.

¹⁰ *Idem*, nn. 25, 58 y 73. Véase el índice analítico “Formación Integral”.

¹¹ Peter-Häns Kolvenbach, sj., Carta a todos los Superiores Mayores, 8 de diciembre de 1986. A su vez, estas palabras son una cita textual de la presentación de la primera *Ratio Studiorum* que en 1586 hacía el padre General Claudio Aquaviva, sj.

¹² Como a continuación se verá, la justicia es el primer postulado del amor eficaz. Aquí hacen eco las palabras del padre Arrupe: “La excelencia académica en las escuelas de la Compañía no se busca por sí misma, sino como parte de una formación integral que impulse un compromiso cristiano con la realidad del país”.

¹³ Decreto Cuarto de la Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús. *Nuestra Misión hoy* (Introducción y sumario), n. 2-7: “2. Dicho brevemente: la Misión de la Compañía de Jesús, hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios. 3. Ciertamente ésta ha sido siempre, bajo modalidades diversas, la Misión de la Compañía (Cf. *Formulae Instituti S.l.*, aprobadas por los pontífices Paulo III y Julio III, especialmente n. 1): esta misión adquiere empero un sentido nuevo y una urgencia especial en razón de las necesidades y las aspiraciones de los hombres de nuestro tiempo, y, bajo esta luz, queremos considerarla con una mirada nueva. Nos encontramos efectivamente en presencia de toda una serie de nuevos desafíos. 4. Por primera vez hay hoy sobre la tierra un total de más de dos mil millones de hombres y mujeres que no conocen al Padre ni a Aquel a quien Él envió, su Hijo Jesucristo (Cf. EE., n. 102), aunque tienen una sed ardiente de este Dios, al que adoran en el secreto de su corazón sin conocerle explícitamente. 5. Al mismo tiempo, buen número de nuestros contemporáneos, fascinados, incluso dominados, por los poderes de la razón humana, pierden el sentido de Dios, bien echando en olvido o bien rechazando el misterio del sentido último del hombre. 6. Además, nuestro mundo, caracterizado por una interdependencia creciente, está, sin embargo, dividido por la injusticia —injusticia no sólo de las personas, sino encarnada también en las instituciones y las estructuras socioeconómicas que dominan la vida de las naciones y de la comunidad internacional—. 7. Nuestra respuesta a estas nuevas urgencias no será válida si no es total, común, enraizada en la fe y en la experiencia, multiforme [...]”.

Fernando Cardenal

homilía de los últimos votos

Comienzo haciendo una pequeña referencia a la fiesta de hoy, día de monseñor Oscar Arnulfo Romero. A finales del mes pasado el padre general de los jesuitas, Peter-Häns Kovenbach, decidió que yo pudiera hacer los últimos votos en la Compañía de Jesús. Me pareció que la siguiente fecha importante para mí era este 24 de marzo.

Hace 24 años, alrededor del día 20 de marzo, me llamó el padre Miguel D'Escoto, que entonces era Canciller de la República, y me informó que el gobierno había invitado a monseñor Romero a venir a Nicaragua, para hacerle un grandioso homenaje en reconocimiento por el respeto y el cariño que le tenía nuestro pueblo. Me dijo también que en la agenda que monseñor sugirió para su visita, había solicitado tener una entrevista conmigo, y me preguntó que si se la concedía. Yo le dije que con todo el corazón, de día, de noche, en la madrugada; cuando él pudiera; sería para mí la gran oportunidad de mostrarle mi gran aprecio y admiración. El día 24 me informó el padre Miguel que ya no venía monseñor Romero a Nicaragua, porque había sido asesinado. Cuando pude visitar su tumba en la catedral de San Salvador le dije: "Monseñor, vengo a tener con

usted la entrevista que se nos quedó pendiente". Con esta información es fácil comprender por qué he escogido esta fecha para hacer mis últimos votos.

Como primer gran tema de esta homilía quiero dar inmensas gracias a mi Dios, Padre Misericordioso, porque su bondad ha sido inmensamente grande conmigo. El día de hoy es un día de especial trascendencia para mí: es el día de mi entrada definitiva a la Compañía de Jesús. Lo he estado deseando durante años, y he estado con la ilusión de que llegara pronto. Hoy estamos reunidos aquí para la ceremonia de mis últimos votos. Pero quiero dejar claro que este día es consecuencia de otro momento trascendente en mi vida, y considero que es muy importante recordarlo hoy aquí.

Después de haber sido dimitido de la Orden en octubre de 1984, mi Dios, como Padre Misericordioso, me concedió la gracia de poner en mi corazón un amor tan grande a mi vida religiosa, que me llevó a tomar la decisión de seguir viviendo en una comunidad de la Compañía de Jesús, aún cuando ya no fuera religioso. Desde el punto de vista puramente humano, lo normal hubiera sido que yo saliera a

comenzar una nueva vida. Todas las circunstancias de mi vida en ese momento me empujaban hacia esa decisión, como por ejemplo, que era ministro de Estado y que era miembro de la Asamblea Sandinista, órgano máximo de consulta de la revolución. Además, entre nosotros, todos pensábamos que habría revolución por muchísimos años y también yo estaba entusiasmado con mi participación en las actividades revolucionarias orientadas a la transformación de la sociedad en favor de los más pobres. Sentía con tal fuerza mi amor a la revolución, que hasta estaba dispuesto a entregar mi vida por ella. Había estado en 80 ciudades de Europa hablando sobre los logros y dificultades de la revolución. Ya no era joven, pero todavía estaba entero como para poder iniciar una nueva familia. Pero iniciar una nueva vida, que hubiera sido lo normal, no fue lo que sucedió. Por lo contrario, tomé una decisión moviéndome en un campo por encima de lo natural, en el campo sobrenatural. La Gracia de Dios me hizo sentir mayor ilusión y alegría por seguir viviendo en una comunidad de la Compañía.

La única explicación de este hecho es que la fuerza de Dios fue grande en mí. Fue un don gratuito, un regalo, una gracia de Dios. Él me dio un amor a la vocación que fue superior a todos los otros amores que se me presentaron en ese momento de mi vida.

Esta gracia se llama vocación religiosa; ésta es la que nos ha concedido Dios a todos los jesuitas aquí presentes, y esta vocación es lo que nos ha posibilitado a todos llegar al día de hoy viviendo como religiosos en la Compañía de Jesús.

Todo esto puede parecer locura. Humanamente esta decisión no se pue-

de explicar. Sólo se entiende por ese encantamiento espiritual que llamamos vocación. Quiero hacer énfasis en que todos los cristianos, sacerdotes, religiosas y religiosos, laicos y laicas, tenemos una vocación, un llamado de Cristo para conocerle, amarle, seguirle y propagar su mensaje.

La vocación para ser cristiano es asunto de tener la experiencia de ser conquistado, encandilado, entusiasmado por Jesús y la misión de hacer venir y expandir su Reino en nuestra sociedad. Para todos nosotros, religiosos y religiosas, laicos y laicas, lo fundamental de la vida cristiana es la relación amorosa, íntima, personal con Jesús y el compromiso de trabajar por su reino. Todo lo demás, nos vendrá por añadidura.

En Nicaragua hay una mayoría absoluta de cristianos, pero el país es pagano; en sus estructuras económicas, políticas y en sus valores éticos, es inhumano. Encontramos entre los dirigentes políticos, no en todos, pero si en una buena parte, grandes y serias deficiencias en el campo de la moral. Pero todos se llaman cristianos. La realidad es que todos éstos practican ritos cristianos y ceremonias religiosas, pero su vida no se parece a la de Jesús. En la primitiva iglesia se bautizaba a los que se convertían a Jesús; hoy hay que convertir a esos bautizados que andan por ahí. Les dejo a todos mis amigos y amigas, a propósito de mi experiencia religiosa y mis votos de hoy, una invitación para que profundicemos en la amistad personal con Jesús y contagiamos a otros. Eso es el apostolado: trasmisir a otros la alegría de ser cristianos.

Como en todas las gracias que me ha entregado mi Dios, ha estado presente siempre nuestra madre, la

Santísima Virgen María, para ella va también este homenaje.

Muchas reflexiones se podrían deducir de esta fecha de mis últimos votos, pero la más fuerte para mí, es que Dios realmente existe, que Dios es fuerte, que Dios está presente en nuestras vidas y en nuestros corazones. Santo Tomás de Aquino tenía cinco pruebas filosóficas para demostrar la existencia de Dios. Las estudié durante mi carrera de filosofía, pero por desuso casi se me han olvidado; pero ésta que estoy mencionando tiene una inmensa fuerza probatoria para mí. Todos nosotros admiramos a personajes históricos notables, pero ninguno de ellos nos da fuerza como para entregar toda una vida llevando a la gente sus ideas, por muy admirables que sean. El único personaje histórico que posibilita esto es Jesús. Por Él somos capaces de entregar día a día toda nuestra vida. Y hoy ratifico tal entrega haciendo estos votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia en la Compañía de Jesús. La ceremonia es muy sencilla y la lectura del texto de mis votos dura menos de un minuto, pero la transformación canónica y religiosa es substancial.

No quiero dejar de mencionar algo que en mi vida ha resultado muy claro: las gracias de Dios no caen normalmente del cielo sobre nosotros, sino que nos vienen a través de las causas naturales. Yo estoy seguro de que la comunidad jesuítica de Bosques de Altamira, mi comunidad de entonces, fue el instrumento a través del cual Dios fortaleció mi deseo de vivir como jesuita y fue elemento sustancial para mantener mi vida de celibato. Se afirma que un buen amigo es un tesoro, y yo añado, que una comunidad religiosa puede llegar a ser y debe ser en nuestra vida un elemento de un valor incal-

culable, como fue en mi caso. Desde aquí quiero hacer hoy un homenaje a aquellos hermanos míos, ahora dispersos en diferentes comunidades de Centroamérica y algunos de ellos ya fallecidos (como el padre Javier Llasera, Luis Medrano y Xabier Gorostiaga). Dios a través de ellos fue mi padre, mi madre, mis hermanos y mis hermanas, y a través de ellos, Dios llenó el hueco dejado por la falta de una esposa e hijos. Gracias a Dios y gracias a ellos.

Considero que los amigos y amigas han sido en mi caso una extensión de mi comunidad jesuítica. Mi mamá captó esto perfectamente con una gran intuición de mi realidad, y en la eucaristía en que celebrábamos mis 25 años de vida religiosa, ella agradeció a mis amigos por haber sido un apoyo importante para el cumplimiento de mi celibato.

Pensando en ustedes, laicos y laicas aquí presentes, les digo que para ser un cristiano coherente y maduro, para perseverar en esa vida, es necesario tener un grupo de personas que comparten tus valores, en donde te sientas apoyado. El mundo está patas arriba, como dice Eduardo Galeano, y a los vicios se les llama hoy virtudes y a las auténticas virtudes se les llama vicios. Remar contra corriente viviendo una vida auténticamente cristiana, sólo es posible apoyado por un grupo de amigos cristianos. A través de ellos nos llegarán más fácilmente las gracias de Dios nuestro Señor.

El segundo punto importante que quiero desarrollar hoy, es hacer un homenaje a la Compañía de Jesús por su compromiso apostólico a favor de los pobres. En los días en que me dimitieron de la Orden, hubo en algunos sectores y en muchos países una reacción negativa hacia la Compañía de Jesús.

Se sacaron de nuevo a la luz calumnias que se han venido repitiendo en épocas anteriores. Se acusó a la Compañía de que no me apoyó, que no me defendió. Yo quiero dar un testimonio de cómo con mi propia vida puedo demostrar que los superiores de la Compañía de Jesús me apoyaron siempre en mi compromiso con los pobres, a pesar de las complicaciones canónicas y eclesiásticas que mi caso llevaba consigo. Los superiores, en mi caso, fueron siempre fieles a los documentos oficiales de la Compañía de Jesús sobre el compromiso con los pobres, y también mantuvieron siempre total fidelidad a los deseos de su santidad el Papa.

Mi caso era enormemente complicado desde el punto de vista eclesiástico, ya era militante sandinista desde el año 1973 y luego, el día 5 de octubre de 1977, me fui por las montañas del río San Juan hacia San José de Costa Rica, para integrarme a un grupo, que después se llamó Grupo de los Doce. Queríamos participar en nuevas acciones contundentes que se estaban preparando desde ese país contra la dictadura somocista.

Por la forma comprensiva con que me trató siempre en esos años el padre Pedro Arrupe, superior general de la Compañía de Jesús, creo yo que él tenía muy en mente lo que pocos años antes, en marzo de 1975, había decretado la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús, autoridad máxima en la Orden, que dedicó un documento entero al tema “Nuestra Misión hoy: el servicio de la fe y la promoción de la justicia”. Por razones de tiempo sólo cito los numerales 1 y 2:

1. Desde todas las regiones, los jesuitas han presentado numerosas peticiones a la Congregación General 32 urgiendo

que se tomen opciones claras y orientaciones precisas acerca de nuestra misión en el mundo actual. La Congregación General 32, responde aquí a estas peticiones.

2. Dicho brevemente: “La misión de la Compañía de Jesús, hoy es el servicio de la fe, de la que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta.”

La Congregación General 34, veinte años después, confirmó estos decretos. Por sólo citar un numeral del decreto “Servidores de la Misión de Cristo”, transcribo el 14:

Reafirmamos lo que se dijo en el decreto 2 de la Congregación General 32, “El servicio de la fe y la promoción de la justicia no puede ser para nosotros un simple ministerio más entre otros muchos. Debe ser el factor integrador de todos nuestros ministerios; y no sólo de éstos, sino de nuestra vida interior como individuos, como comunidades, como fraternidad extendida por todo el mundo”.

En mi caso, el conflicto fundamentalmente se centraba en que el Cánon 285, 3 del Derecho Canónico de la Iglesia Católica prohíbe a los sacerdotes militar en partidos políticos y tener cargos públicos en los gobiernos. Yo consideraba que este Cánon era muy importante y que debía mantenerse siempre; pero me parecía que por lo novedoso e inédito de la nueva revolución que estaba surgiendo en Nicaragua, había razones válidas para hacer una excepción con los sacerdotes militantes. Todas las revoluciones de la humanidad se habían hecho sin los cristianos, a pesar de los cristianos o contra los cristianos. Ésta era la primera que se hacía con una profunda y am-

plia participación de los cristianos. Las posibilidades de influir desde nuestra fe cristiana en esa historia que se estaba haciendo en Nicaragua eran muy grandes. Este hecho podría ser, juzgábamos nosotros, de enorme trascendencia para nuestra Iglesia y para nuestra Nicaragua. Durante cinco años en mis oraciones hice discernimiento espiritual buscando la voluntad de Dios para mí, discernimiento que también hicimos en diversas oportunidades con toda la comunidad. De ese discernimiento continuo y constante surgió mi objeción de conciencia, cuando se me pidió abandonar la revolución.

El padre Paolo Dezza, sj, delegado Pontificio para la Compañía de Jesús, me escribió varias cartas en esa época; cito un párrafo de la que me envió el 12 de enero de 1983, cuando yo era vicecoordinador Nacional de la Juventud Sandinista 19 de Julio:

Mucho aprecio lo que Usted ha podido hacer a favor de sus hermanos nicaragüenses en muy diversas formas, particularmente en la Cruzada Nacional de Alfabetización, y cómo ha tratado de presentar un claro testimonio de identidad sacerdotal y jesuítica, aun rechazando cargos que no parecían compatibles con su vocación religiosa, aunque pudiesen reportar, por otro lado, un servicio al país. A nombre de la Compañía quiero expresarle un hondo reconocimiento y gratitud.

A su vez me comunicaba el padre Dezza que era perentorio seguir los mandatos reiterados de la Santa Sede en el sentido de que esos oficios no fueran ejercidos por sacerdotes, y esperaba que los jesuitas diéramos ejemplo de esa obediencia y que la cum-

pliéramos con prontitud y espíritu de fe.

Él estaba en una situación difícil, pero junto a la firmeza en el mandato, mantenía la forma respetuosa y el aprecio a mi compromiso con los pobres expresado en su carta. Unos años después el papa Juan Pablo II lo nombró cardenal de la Iglesia.

Lo mismo podemos decir del padre Peter-Häns Kolenbach, quien ocupa el cargo de Superior General de la Compañía de Jesús después del periodo del padre Dezza. Él me envió varias cartas, una de ellas muy extensa, fechada el 12 de octubre de 1984 y escrita de su puño y letra; de ella tomo dos párrafos:

Querido Padre Cardenal:

Si Usted cree que en consecuencia no debe abandonar esa responsabilidad de gobierno, sería normal que pidiera dejar la Compañía. Para Usted y para todos nosotros sería una decisión dolorosa; pero sería consecuente con la naturaleza de su presente compromiso y tendría el respeto, el apoyo y la simpatía.

Querido Padre Fernando: Usted es para muchos jesuitas un signo de credibilidad de la Compañía en el campo de la promoción de la justicia, aunque también otros muchos jesuitas tratan de vivir integralmente esa vocación en plena armonía con la ley de la Iglesia. Pido sus oraciones y le prometo las mías, para que se haga en todo y únicamente la voluntad del Señor en cuanto al "único necesario" para ese querido pueblo de Nicaragua.

Con todo mi aprecio en el Señor,
Peter-Häns Kolenbach, sj.

Pocos días después me reuní con el padre General en la ciudad de Nue-

va York. Desde el primer minuto de aquella larga conversación hasta el último segundo, el padre Kolenbach se manifestó con una actitud de completa comprensión, de cariño y de aprecio por mi compromiso con los más pobres del país. Hasta en los menores detalles me hizo ver su buena voluntad: le pedí que le escribiera una carta a mi mamá sobre la forma en que él estaba viendo mi caso, porque eso le iba a ayudar a ella, inclusive hasta en su salud, y lo cumplió, le escribió una bellísima carta de la que mi mamá me decía que la guardaba como un tesoro y que la apreciaba más que a todas sus joyas.

Desde los primeros momentos de mi salida de la Compañía de Jesús, algunos sectores en Nicaragua, enemigos del sandinismo, comenzaron a tergivيسر negativamente el motivo y hasta hubo algún artículo denigrándome, publicado en un periódico. ¡Cuál no sería mi sorpresa al recibir en esos mismos días un comunicado público del provincial de los jesuitas de Centroamérica, padre Valentín Menéndez, sj, con membrete de la Provincia Centroamericana de la Compañía de Jesús, con el título “Aclaración sobre el caso del padre Fernando Cardenal”. Citaré algunos párrafos:

La única razón por la que el P. Fernando Cardenal ha sido desligado de sus compromisos como religioso jesuita es la presentación por su parte de una objeción de conciencia para obedecer la orden de dejar su puesto de Ministro. Resultó imposible una excepción a la norma del Derecho Canónico de que los sacerdotes y religiosos no acepten cargos públicos que lleven consigo el ejercicio del poder civil o cargos de participación activa en partidos políticos.

Habiendo tomado parte con preocupación fraternal en el doloroso conflicto en que se ha encontrado el P. Cardenal durante varios años, puedo hoy dar testimonio de la autenticidad y seriedad de su objeción de conciencia, frente a la cual mantengo un profundo respeto. Al mismo tiempo atestiguo el ejemplar comportamiento del P. Fernando Cardenal como religioso jesuita y admiro los generosos servicios apostólicos que siempre ha desempeñado desde el centro de su vocación.

Cuando un hermano se encuentra en una hora de su vida dolorosa y grave, es natural que le ofrezcamos toda nuestra oración y nuestro apoyo fraternal. Así estamos decididos a seguirlslos ofreciendo hoy al P. Fernando Cardenal en el camino en que su opción por los pobres ha desembocado.

Aceptamos las decisiones de la autoridad en la Iglesia. Pedimos al pueblo cristiano que nos dé sus oraciones y su apoyo para que nos mantengamos fieles en la Iglesia a nuestro carisma de servicio a la Fe y la promoción de la Justicia, y también para sobrelevar el dolor que compartimos con el P. Fernando Cardenal. Nuestra meta es tratar de acompañar el difícil camino y las grandes esperanzas del pueblo nicaragüense desde nuestro papel como religiosos jesuitas en la Iglesia.

Valentín Menéndez, S.J. Provincial.
Managua, 10 de diciembre de 1984.

Quiero hacer notar que el padre Valentín Menéndez, sj, después fue nombrado por el padre general asistente para América Latina Septentrional y actualmente es uno de los cuatro asistentes generales (*ad providenciam*) del padre General.

Quiero que perdonen que me haya alargado en mis palabras, pero

creo que en el día de mi entrada definitiva a la Compañía de Jesús, se me puede permitir que me haya tomado más tiempo del ordinario para una homilía de un día normal; pero tengan también en cuenta que este es mi homenaje a la Compañía de Jesús, el gran amor de mis amores, que fue vilipendiada y calumniada con ocasión de mi salida de la Orden. ¿Cómo podría quedarme callado en un momento como este, teniendo en mi propiedad documentos tan claros del cariño, del apoyo y del compromiso con los pobres que han mantenido los superiores de la Compañía de Jesús, fieles todos ellos a las congregaciones generales 32 y 34?

Quiero terminar mis palabras transmitiéndoles cómo me siento al haber llegado a los 70 años en enero y a los últimos votos hoy. A pesar de padecimientos crónicos que me molestan muchísimo, me siento plenamente realizado, inmensamente feliz, lleno de fortaleza interior, y les puedo afirmar que a mí no se me han muerto los sueños; sigo con esperanzas, utopías y lleno de ilusiones; pero sobre todo, invadido por el amor gra-

tuito de Dios, por su misericordia y su perdón.

También me siento inundado del aprecio y cariño de todos ustedes. Esto es recíproco porque de igual manera yo les estimo y quiero mucho. Gracias a todos mis hermanos jesuitas, a mi familia, a mis amigos y amigas, a los compañeros y compañeras de trabajo en Fe y Alegría, a mi comunidad de San Romero de América, a la representación de mis amigos y amigas del barrio Edgard Munguía, a las compañeras que nos ayudan en la comunidad de Villa Carmen en la cocina y la limpieza, a la representación de mis amigos y amigas de la Cooperativa Campesina "Pikín Guerrero", a los compañeros y compañeras con los que estamos preparando la celebración del XXV Aniversario de la Cruzada Nacional de Alfabetización. Todos y todas ustedes son causa importante de la felicidad que me invade.

Capilla de la Universidad Centroamericana (UCA), 24 de marzo de 2004. 

Texto enviado por Cristianisme i Justícia para su divulgación.

De la guerra fría a la guerra caliente

Capitalismo y barbarie

Rutilio Tomás Rea Becerra

En la pasada edición de Acequias (número 27) se publicó el ensayo “Triple mediación entre guerra y mercado: virtualización, tecnología y marketing”, firmado por Rutilio Tomás Rea Becerra y como ganador del segundo lugar en el sexto certamen Agustín de Espinoza; sin embargo, el texto acreedor a ese sitio es el que ahora presentamos, ya que el trabajo antes mencionado corresponde al premio de tercer lugar y fue escrito por Carlos Guillermo Gómez Camarena, quien se desempeña como docente en el ITESO. Desde estas líneas pedimos una disculpa por tal confusión, tanto a los autores de ambos ensayos como a nuestros lectores.

Ningún movimiento social había logrado tanta participación de hombres y mujeres como lo hizo el Movimiento Internacional por la Paz. Intelectuales, estudiantes, obreros, campesinos, feministas, amas de casa y ecológistas, alzaron su voz en un solo grito: **No a la guerra.** Sin embargo, bajo el pretexto del fantasma del terrorismo, el verdadero eje del mal (Estados Unidos, Gran Bretaña y España) lanzó sus tropas sobre Irak.

Hasta hoy no ha sido posible demostrar que el régimen de Bagdad con-

tara con armas de destrucción masiva o que prepararan ataques contra países vecinos. Más bien se ha podido comprobar que organizaciones secretas de espionaje, ligadas a los sectores más conservadores de la ultraderecha en los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos, sabotearon información, construyeron amenazas inexistentes y aceleraron el proceso de guerra.

No se puede negar que la familia de Hussein mantenía una dictadura que se perpetuaba con base en la represión o asesinato de líderes opositores, pero no constituía una amenaza para el gobierno de Bush, como se nos ha tratado de hacer creer por algunos “medios de comunicación”. Entonces, ¿cuál fue el motivo para que se emprendiera esta guerra?

La economía norteamericana ha estado en franca recesión durante los últimos años y ésta puede ser reactivada a través de su maquinaria bélica como en los tiempos de la Guerra Fría.

Los atentados del 11 de septiembre fueron un buen pretexto

RUTILIO TOMÁS REA BECERRA

Profesor de asignatura en el ITESO. Hace dos años participó en el certamen de ensayo Agustín de Espinoza obteniendo el tercer lugar.



para que el Congreso de Estados Unidos aumentara el presupuesto a la economía de guerra y de paso, se diera la aprobación de un escudo antimisiles del espacio aéreo de este país, el cual había sido rechazado poco antes del desplome de las torres gemelas de Nueva York.

El control económico sobre Irak permite garantizar, sin trabas, el suministro de petróleo, ya que es una de las principales zonas proveedoras de este insumo a escala mundial. Además, su reconstrucción implica jugosos negocios para varias empresas norteamericanas (véase *Proceso*, n. 1377, 23 de marzo de 2003, pp. 22-25).

¿LUCHA ANTITERRORISTA O RECOMPOSICIÓN DEL CAPITAL?

El terrorismo no es obra de locos que “atentan contra la libertad y la democracia”, como afirma gran parte de la opinión pública. En el Medio Oriente tiene por lo menos dos causas principales:

1) La creación del estado israelí que después de la Segunda Guerra Mundial implicó la expulsión del pueblo palestino que ha vuelto a resurgir sus demandas.

2) Los acuerdos entre Estados Unidos con el mundo árabe para garantizar el acceso al petróleo.

Las políticas bélicas de apoyo a Israel, la invasión a Afganistán y los bombardeos a Irak, lo único que hacen es que el terrorismo se expanda bajo la estrategia de la llamada “guerra santa” y se provoquen atentados como los de la ONU en Bagdad y los actos suicidas en Israel. Si la lucha contra el terrorismo es multinacional, el terrorismo, por desgracia, también se globaliza.

En este juego de intereses, la actual guerra se ha querido presentar

como una lucha entre civilizaciones de Occidente y Medio Oriente. Sin duda alguna están implícitos estos elementos, pero en realidad se trata “del control geopolítico y estratégico y la primordial satisfacción de los intereses del complejo industrial-militar y de corporaciones que controlan hoy la globalización neoliberal” (Flores, 2001: 30-31)

Es conocido que empresas como LG, no sólo participan en la producción de televisores o refrigeradores, su negocio principal está en la elaboración de turbinas de jets de combate; Phillips no produce únicamente focos, también hace los tableros de los bombarderos con radar; y Ford, además de autos, fabrica tanques y aparatos motorizados para la guerra.

¿NUEVO CAPITALISMO?

Este desarrollo del capitalismo actual implica una “nueva” intervención del Estado en la economía para enfrentar crisis y recesiones, lo que hace estallar en mil pedazos las falacias del “libre mercado”, pero que a diferencia del Estado Benefactor ahora fusiona el gasto en armamento, espionaje, tecnología, acciones (mercado de valores) y seguridad. Se trata de la famosa triada: capital accionario-financiero, innovación tecnológica e industria bélica.

Es precisamente a través de las innovaciones tecnológicas de la web, multimedia, internet, etcétera, que el capital accionario desempeña un papel de tal magnitud que no logró ninguna forma anterior del proceso de acumulación del capital. Esta fase pone en un entrampé al desarrollo y crecimiento del propio sistema, pues ante la expansión de los mercados de dinero y capital, la especulación florece por en-

cima de la actividad productiva e incluso, la tecnológica, lo que hace sugerir a ciertos sectores de la derecha más conservadora el desarrollo de las tesis malthusianas de la reproducción de los seres humanos, que va más aprisa que la producción de alimentos y por lo tanto, las guerras, el hambre y las pestes¹ son elementos necesarios para el “equilibrio natural” del mundo. No es forzoso pensar que dichos sectores tengan fuertes inversiones y acciones en la industria de las armas.

Este desarrollo es el soporte de resistencia frente a la crisis estructural del capitalismo global. Por ello, podemos hablar de una nueva forma de capitalismo, de un nuevo modelo, llámeselo globalización, mundialización, capitalismo patrimonial, salvaje o simplemente “economía de mercado”.

Bajo esta perspectiva, la globalización corresponde a una necesidad propia del capitalismo, cuyo nuevo orden está sujeto, por lo menos, a dos elementos primordiales: una configuración espacial distinta del dominio territorial y una distribución del poder ligado al dominio de los recursos naturales.

Pero no se crea que este nuevo orden global sea neutro, para nada, se relaciona con las necesidades de las grandes empresas y corporaciones transnacionales. La Ford, por ejemplo, maneja una economía superior a la de Arabia Saudita, y las ventas de Philip Morris están por encima del producto interno bruto de Nueva Zelanda. En realidad, “un número relativamente pequeño de grandes empresas con conexiones mundiales domina las cuatro redes en las que descansa la nueva economía: los bares culturales, los centros comerciales, el mercado de trabajo y el sistema bancario y financiero” (Aguilar, 1996: 25).

Lo anterior no implica, sin embargo, que todas las regiones del mundo sean absorbidas totalmente por las transformaciones globales. Son precisamente las contradicciones de este desarrollo las que han fortalecido identidades de carácter cultural, religioso o social, pero también, han fortalecido las posturas fundamentalistas y con ello, una basta red de terroristas conformada a lo largo de los últimos años por miembros de diversas nacionalidades.

Dentro de la recomposición de fuerzas, la mayoría de los autores han coincidido en que el poder está predominado por los Estados Unidos, Alemania y Japón. Otros autores como Minc, se aventuran a señalar que el poder económico se centrará en el futuro de Rusia y China (véase Minc, 2001: 16-19).

Pero en esta nueva configuración espacial, el Medio Oriente no figura en el dominio geopolítico global, a lo sumo, se consideran sus aportaciones culturales y religiosas contrarias a los excesos materialistas y al consumismo desbordante de Occidente. Cultura que ha sido llevada a los extremos por los grupos fundamentalistas, haciendo que la imagen de estos países haya renacido mundialmente bajo el rostro del *terrorismo*.

Si la globalización implica una distribución del poder ligado al dominio de los recursos naturales, es obvio pensar que Estados Unidos no sólo tiene el interés de enfrentar el terrorismo, sino el de controlar ese recurso tan codiciado —que mueve las armas, las industrias y las nuevas tecnologías— como lo es el “oro negro”.

Bajo esta lógica, los embates de la globalización hacen perder el control

de sus territorios a diversos estados-nación, territorios que intentan sobrevivir para preservar y definir con claridad sus comunidades. Es por ello que la globalización debe ser entendida como una liberalización desigual y parcial de las fuerzas del mercado; como una forma para enfrentar la crisis estructural de las economías capitalistas avanzadas. Lo que no implica necesariamente la fase terminal del sistema, “pero sí indica que, para el futuro inmediato, estas economías han agotado su capacidad de sobrevivir sin perjudicar las condiciones de vida y de trabajo de sus propias poblaciones” (Meiksins, 2000: 329).

El Óptimo de Pareto² deja de tener sentido y surge el “ideal supremo” del darwinismo social: la sobrevivencia del más fuerte y la desaparición de lo vulnerable.

Las clonaciones de seres humanos que ya se están presentando en algunos países tiene que ver con esta lógica, pues su desarrollo implicaría la creación de personas-¿máquinas?, que podrían ser remplazados si así lo requiere el capital, sin que generaran conflictos político-laborales y sin protestas de carácter social.

Es por ello que el proceso de acumulación capitalista vive la necesidad urgente de internacionalizarse, pues sólo de esa manera logra prolongar su sobrevivencia. Sin embargo, este desarrollo provoca un proceso de concentración y centralización del capital, que desarticula al propio sistema productivo. Ante la “tendencia decreciente de la tasa de ganancia” expuesta por Marx, surgen las contratendencias, pero ahora en lugar de actuar en favor de todo el sistema en su conjunto, lo hace en favor de algunos secto-

res hegemónicos. Es decir, la baja en tasa de ganancia “sólo puede ser superada por algunas fracciones del capital, que al hacerlo rompen el modo de reparto de la ganancia, creando dificultades para que en algunas ramas se realice la inversión y continúe su aportación a la reproducción” (Vidal, 2000: 31-32). De manera que las leyes que antes actuaban para regular, hoy actúan como impulsoras de su propia desarticulación.

Ciertos capitales son suprimidos, pues las contratendencias ya no actúan a favor de la formación de la cuota general de beneficio, sino a favor de ciertas fracciones que pugnan por imponer nuevas condiciones de organización del régimen de trabajo. De ahí que se hable de la *flexibilidad* y la *precarización* en varios países subdesarrollados. O bien, que se impongan como políticas económicas la reducción de los salarios de la clase trabajadora.

Esta lucha que se presenta entre las diversas fracciones del capital, adquiere una dimensión internacional, pues se trata de conquistar nuevos campos de expansión. Bajo esta lógica, las decisiones de inversión han cambiado y en los últimos años un monto creciente se ha colocado como activos financieros, lo que ha provocado un fuerte proceso de concentración y centralización del capital financiero ya mencionado, a fin de incrementar su propia tasa de ganancia, pero desarticulando al conjunto del sistema productivo.

Cabe señalar que esta baja en la tasa general de ganancia no se da necesariamente en un ambiente de caída en la inversión. Por el contrario, la economía puede manifestar una continuidad en su crecimiento, sobre

todo en sus sectores principales, los cuales hasta pueden incrementar su tasa de ganancia, pero en la que la cuota general seguirá disminuyendo.

Las fracciones hegemónicas más poderosas del capital son las que establecen las nuevas reglas del juego en función de sus propios intereses específicos, y en la actualidad éstas las conforman el capital financiero-accionario, el gran complejo industrial militar y las llamadas nuevas tecnologías, que para prolongar su existencia, necesariamente tienen que expandirse a donde les sea posible, por lo que se requiere que no existan fronteras ni límites de ningún tipo y en ningún espacio geográfico, aunque se tenga que retornar a la barbarie de las guerras.

En la actualidad, sin embargo, se sigue pregonando la doctrina neoliberal del mercado, aunque se ha confirmado que éste por sí solo, no garantiza el desarrollo equitativo del mundo, ni siquiera, el buen funcionamiento del propio sistema capitalista. **A**

NOTAS

¹En las zonas más pobres de África como Zambia y Namibia, cerca del 35% de su población está contagiada de sida. Tal vez en 15 ó 20 años ello implique la desaparición total de dicha población.

² El *Óptimo de Pareto* se refiere a lograr el beneficio de una persona sin afectar el de otra.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Aguilar Monteverde, *Nuevas realidades, nuevos desafíos, nuevos caminos*, Editorial Nuestro Tiempo, México: 1996.
- Victor Flores Olea, “La geopolítica del imperio”, *Proceso*, n. 1302, México: 14 de octubre de 2001.
- Ellen Meiksins Wood, *Democracia contra capitalismo*, Siglo XXI Editores, México: 2000.
- Alain Minc, www.capitalismo.net, Paidós, México: 2001.
- Proceso*, n. 1300, México: 30 de septiembre de 2001.
- _____, n. 1377, México: 23 de marzo de 2003.
- Gregorio Vidal, *Grandes empresas, economía y poder en México*, UAM-Iztapalapa/ Plaza y Valdés, México: 2000.

Una medida disciplinar

Juan Manuel Torres Vega

JUAN MANUEL TORRES VEGA
Licenciado en Psicología por el
ISCYTAC (hoy ULSA Laguna). Acadé-
mico del Departamento de Huma-
nidades de la UIA Torreón.

*Un amor eficaz que tiene como
primer postulado la justicia
y que es la única garantía
de que nuestro amor a Dios
no es una farsa.*

PEDRO ARRUE, SJ

INTRODUCCIÓN

Para construir se necesita “un buen cimiento” y esa “cimentación” es lo que esta entrega busca clarificar, cuestionar, testimoniar y promover.

El valor justicia-injusticia constituye la piedra básica de la vida en sociedad. Su oscilación entre ambos polos genera reacciones diversas, incluso contrarias, entre las personas, grupos e instituciones que se ven afectadas. La experiencia en el mundo actual muestra al valor con matices especiales en sus dos caras, aunque suele admitirse, a través del relato popular y de los medios masivos de comunicación, el predominio de la cara oscura.

La experiencia jesuita ofrece una voz para anunciar la parte luminosa y denunciar a la que apaga. Hay ejemplos concretos y es valioso conocerlos, pues el testimonio es un modo privilegiado de mover al otro para que haga lo mismo, desde su propio estilo creativo.

El valor justicia-injusticia es profundamente humano y un vínculo significativo con lo divino. Es nuestra

oportunidad de actuar para transformar la vida, lo mejor es iniciar por la propia y así buscar que el “contagio” llegue a la del otro.

LA JUSTICIA, EL CIMENTO DE LA CASA

Cada persona ha sentido en carne propia la presencia del valor justicia-injusticia. El simple hecho de citarlo ya genera recuerdos en ambos sentidos, aunque habitualmente se quedan en el plano de lo injusto: aquella calificación no merecida, la multa impuesta o el mendigo que deambula por comida. Son imágenes que provocan sentires, reacciones a veces contenidas, donde se mezclan la rabia, la impotencia y el deseo de venganza, aunque ésta sólo sea imaginaria. Para tocar el otro plano, de lo justo, es necesaria la pregunta descarada, la que directamente llega al “meollo”: entonces se recuerda aquella cartera devuelta, la disculpa a tiempo, el apoyo solidario. Una vez que se abre la memoria, también los sentimientos brotan en forma de satisfacción, alegría y excitación.

Decimos de la justicia que es “una de las cuatro virtudes cardinales que inclina a dar a cada uno lo que le corresponde o pertenece; derecho, razón, equidad; atributo de Dios por el cual ordena todas las cosas en número, peso o medida; ordinariamente se entiende por la divina disposición con

que castiga o premia, según merece cada uno".

El título de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio de Loyola ofrece una manera de llevar lo anterior a un lenguaje más nuestro: "Exercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afición alguna que desordenada sea". Corresponde a cada persona, que es lo justo, vencerse a sí misma y ordenar su vida, es decir, ser competente, dar sentido a sus días y buscar la realización integral.

Un detalle más aparece en la introducción a la primer semana, en el "Principio y Fundamento": "El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado". Aparece una justicia que se vive en la alabanza, la reverencia y el servicio a Dios, y en el uso adecuado de los medios para construirla, aspectos todos que llevan a lo anteriormente citado: superación (vencerse) y orden. Ambas palabras tienen en común la disciplina, virtud significativa para el estilo militar de san Ignacio.

¿QUÉ CIMENTO HAY EN ESTA CASA?

El ideal cuestiona a la realidad de cada época y a la nuestra también le exige una respuesta. Vivimos un tiempo especialmente significativo para el valor justicia-injusticia: el siglo XX, es catalogado como "terrible" (Berlin), por el enorme costo material y humano del horror bélico y económico, la persecución, el narcotráfico y la lucha entre hegemones; el presente siglo, ha iniciado con la globalización y sus consecuencias para la calidad de vida en el planeta, además trae el cuestionamiento del orden democrático mundial, con una sola hegemonía (ca-

paz de decidir por encima de quien se oponga a sus intereses).

Una investigación de la Universidad de Pennsylvania, publicada recientemente, identifica cinco factores que impulsan el desarrollo de conflictos en las personas y los grupos. Ellos son: la injusticia (maltrato), la superioridad (aplastamiento), la vulnerabilidad (amenaza), la desconfianza (daño) y la indefensión (sin posibilidad de escape). Todos ellos promotores de un ambiente adverso al desarrollo integral de la persona y de las comunidades, mismo que logramos identificar en cualquier parte del mundo, a diferentes horas y con distintos protagonistas: la matanza de Aguas Blancas o de las mujeres en Ciudad Juárez, la invasión a Irak o los ataques terroristas (sean en Nueva York, Chechenia o Cisjordania). Cinco semillas que producen odio, discriminación, miedo, explotación, aniquilación, desesperación y violencia.

Dada la magnitud de la herida, podemos imaginar una respuesta rápida y eficaz, integral, desde la persona y las instituciones. Por el contrario, en ambos niveles predomina el retraso, la comodidad y la apatía. El vínculo apacible con nuestra "insegura seguridad" suele cancelar el riesgo de crear, y vivir esta incongruencia suele afectar la salud en todos los sentidos. Retenemos, como factor común, la disciplina, ahora como característica con la que lo injusto avanza e invade nuestra cultura. ¿Es humano seguir como si nada pasara, como si "no tuviéramos vela en ese entierro"?

UNA CONSTRUCTORA IGNACIANA

Siglos después de san Ignacio, la Compañía de Jesús dice sobre el asunto, y en medio de la "trinchera", como testigo presencial y privilegiado, asume

su ser de profeta. Klein ofrece al respecto una buena síntesis.

La Congregación General 32 (1975), en su decreto 4, alza la denuncia sobre la realidad actual, “(es) obra del hombre y de su egoísmo”, cual reclamo de Dios ante los hechos de Caín: “¿Dónde está tu hermano?”. Asume como misión “el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia es una exigencia absoluta”. Al frente, desde su función como general, camina Pedro Arrupe, sj. La crítica es vigente y urgente la respuesta para este tiempo nuestro.

Dos décadas después, la Congregación General 34 (1995), en sus decretos 2, 3 y 5, ve las raíces de la injusticia “incrustadas en las actitudes culturales y las estructuras económicas”, y reconoce en el diálogo un camino privilegiado para erradicarla. Asume espacios nuevos para construir la justicia: derechos humanos, beneficios de la globalización, “cultura de vida”, desarrollo solidario y sustentable. Es el tiempo del padre general actual, Peter-Häns Kolvenbach, sj. La obra está abierta y necesita personas dispuestas a darse en el servicio a los demás.

¿QUÉ HACER HOY, DESDE LA PERSONA INDIVIDUAL Y CONCRETA?

Vivir con disciplina. Aportando desde los propios talentos a favor de una vida digna para el prójimo, el ser humano que camina al lado, que se encuentra en lo cotidiano o, a veces más allá, en el marginado. No se trata de cambiar el mundo por decreto o en un solo movimiento, sino de cambiarlo paso a paso. Esto implica, entre otras oportunidades, el crecimiento personal, la práctica ética, el consumo necesario, la entrega laboral, la actualización de conocimientos y virtudes, el cuidado del propio cuerpo y de la naturaleza, el vínculo solidario con el otro, rostro que es de

Dios. Todo se encuentra a la mano: de la mujer y el varón, del obrero y el gerente, del niño y el anciano.

Se dice fácil, y lo es cuando se ha avanzado. El principio es complejo, hay mucho en contra y cualquier excusa es suficiente para detener el sueño. ¿Acaso es necesaria una experiencia límite, marcada por el azar, como fortuna, muerte ajena o riesgo de perder la propia vida? No, pero la impotencia de muchos sólo es vencida cuando la vida grita desde lo insoportable de los hechos, al borde del abismo. El propio san Ignacio lo vivió en las heridas del combate, en el encierro de la cárcel; lo vive hoy en el martirio de sus hijos, en el cuestionamiento de sus universidades, en la injusticia que aplasta al pobre, al empleado, al empresario.

CONCLUSIÓN

El criterio para evaluar lo justo está en lo que la persona llegue a ser, no desde el “éxito mundano” de encabezar “La Lista”, sino más bien, desde el ejercicio inteligente, responsable y activo de la solidaridad; desde la investigación de los graves problemas contemporáneos; desde la vivencia de lo ignaciano.

El requisito fundamental para buscar lo justo, en disciplina, es la esperanza, la actitud de quien espera, activo y confiado, el *magis* real, alcanzable ya en esta perfectible realidad humana.

Las semillas de la justicia, la equidad, la seguridad, la confianza y la fortaleza son antídoto que ya está en cada persona. Al menos viven latentes a la espera del momento propicio, de las condiciones favorables para entrar en escena y no salir hasta que el público, convencido, entusiasmado, se incorpore a seguir creando el guión de nuestra historia, lejos de la farsa.

Ante todo, la justicia. Las añadiduras vienen después. **A**

El coordinador de grupos

y el lugar de la creatividad

Ana María Urdapilleta Meza

El análisis que voy a exponer es sobre la utilidad de las técnicas grupales en su aspecto lúdico en el trabajo frente a grupos, enfatizando el papel del coordinador, ya que es el que nos toca desempeñar como docentes o facilitadores, y en el caso de la utilización de técnicas grupales, coordinador de las mismas.

Aunque ya todos lo sabemos, es importante resaltar que todo grupo brinda la posibilidad de intercambiar experiencias, saberes, estados de ánimo, proyectos, ideas, inquietudes, etcétera, y aprender de todo esto, aprovechar la oportunidad de este intercambio para desarrollar las potencialidades individuales, del grupo o de la institución a la que se pertenece.

Un grupo representa a una comunidad determinada y en la dinámica grupal existe la posibilidad de configurar un espacio donde operen intereses, actitudes, aptitudes, valores y cultura de una sociedad, de la historia, del individuo o de las instituciones, además, lo más importante es que un grupo es un espacio en el que se hace posible la actividad creadora.

Las técnicas grupales nos dan la oportunidad de actuar en un espacio intermedio entre el grupo y la realidad, en donde, a través de la analogía, la antítesis o la aleatoriedad, se propician las condiciones para el desarrollo de muchos proyectos creativos.

El “hacer como si” mediante las técnicas grupales es lo más valioso de ellas en el campo educativo, aplicación evidente de la analogía como uno de los métodos que más desarrollan la creatividad.

Las técnicas grupales y los juegos estructurados para grupos, determinan su dinámica o la modifican, haciendo uso de una actividad natural en el ser humano que es el juego, juego que abre espacio a la creatividad, creatividad que transforma la experiencia cultural.

Es importante señalar la trascendencia del juego en la vida y el desarrollo humano, pues es a través de él que nos relacionamos con el mundo, en primer lugar, y posteriormente, con los otros individuos.

En psicoanálisis se han logrado avances teóricos y prácticos para en-

ANA MARÍA URDAPILLETA MEZA
Egresada del Colegio de Pedagogía de la UNAM. Candidata a maestra en Psicopedagogía. Colaboradora del Centro de Servicio y Promoción Social de la UIA Torreón y coordinadora de Valoral Social en la Escuela Carlos Pereyra.

tender el funcionamiento y desarrollo de la psique como una “zona” conformadora de la personalidad del individuo, en la cual se analizan sus relaciones consigo mismo y con el entorno, estableciendo conexiones entre el sujeto y la realidad que lo circunda, dándose una segunda “zona” en donde ocurren los acontecimientos que brindan significado a la vida; existe una tercera “zona”, la del juego, que se produce y crece en el vivir creador y en toda la vida cultural del hombre. Esta importante zona de experiencia está ubicada en el espacio potencial que hay entre el individuo y su ambiente, es en la que encontramos la confianza en la realidad.

Es Winnicott quién desarrolla la idea del espacio intermedio entre la realidad y el juego, espacio que delimita las zonas posibles entre lo interno y lo externo de cada individuo, y dice que el juego, la creatividad y la experiencia cultural están ubicados en esta zona intermedia o zona de los fenómenos transicionales en donde se entrelazan la subjetividad y la observación objetiva, zona intermedia entre la realidad interna de los individuos y la realidad compartida del mundo, que es exterior a ellos.

Este espacio potencial es un factor que varía de individuo a individuo en tanto que las otras dos zonas, la realidad psíquica o personal y el mundo real, son más o menos constantes, siendo una determinada biológicamente y la otra de propiedad común.

El juego, la creatividad y la experiencia cultural no son una realidad psíquica interna, sino que se encuentra fuera del individuo, pero no son del mundo exterior. Mientras jugamos, se realiza algo que carece de lugar, lo impensable hace lo pensado, aquello que

no ha sido vivido, experimentado, que se halla en lo más profundo del ser, o mejor dicho, la “hoja en blanco”: en una situación de juego o mientras tenemos una idea innovadora son más reales los recuerdos que las palabras, el blanco que significa en su presencia-ausencia testimonio de lo no vivido y que pueda tomar vida en la posibilidad, citando nuevamente a Winnicott “sólo a partir de la no existencia puede comenzar la existencia”.

La zona transicional es aquella en la que “la cosa real es la que no está ahí”, “lo negativo es lo único positivo”, “todo lo que tengo es lo que no tengo”.

Este espacio potencial que evoca Winnicott, nos hace sensibles a una realidad que es percibida sobre todo en el juego, en la creatividad y en la cultura, a esta zona intermedia le corresponde el desarrollo de la creatividad del sujeto, Winnicott la llama “campo de juego”, yo ubico las técnicas grupales en este campo de juego.

El espacio potencial que existe entre el individuo y la sociedad o el mundo, depende de la experiencia que conduce a confiar. Es donde se experimenta el vivir creador. Puede resultar de gran valor para los profesores y educadores reconocer la existencia de este lugar, el único en el que se puede iniciar el juego, un lugar que se encuentra en el momento de continuidad-contigüidad, en el que se origina la creatividad y la experiencia cultural.

En el trabajo en los grupos con técnicas grupales se está privilegiando el lugar del juego, ya que en todo momento estamos haciendo representaciones e interpretaciones mediante juegos estructurados como técnicas grupales.

En esta interacción, utilizando técnicas estructuradas o no, tenemos la oportunidad de examinar al grupo, en el lugar del coordinador está una de las tareas preeminentes: observar los silencios, las miradas, los infinitos gestos, los movimientos involuntarios, etcétera, que son como una radiografía del grupo, que nos dicen que es lo que acontece, y se puede percibir el espacio intermedio entre lo que es y lo que será.

Leer este acontecer requiere de la experiencia del profesor que coordina para propiciar y aprovechar situaciones grupales con la finalidad de canalizarlas hacia la producción de saberes a partir de la multiplicación de las reflexiones sobre situaciones y conocimientos dados.

La dificultad radica en conocer a cada grupo para distinguir las etapas por las que atraviesa, percibiendo el momento de creación. Dado este momento, cualquier técnica utilizada producirá una multiplicidad de sentidos que enriquecerán el aprendizaje individual.

La creatividad del coordinador es el soporte de la producción del grupo, su papel tiene que dar lugar a la creatividad de los participantes, esto es tanto como decir que el lugar del coordinador sería algo así como el lugar de la creación sobre la creación. ☺



¿Es cristiana Europa?

José María Mardones

JOSÉ MARÍA MARDONES
Doctor en Sociología y Teología. Estudió en Deusto, Bilbao y Tübingen, Alemania. Investigador en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (csic) de Madrid, España. Es autor de diversas publicaciones, numerosos artículos y conferencias. Sus más recientes publicaciones han abordado el pensamiento filosófico y religioso de la actualidad.

En Europa se discute hoy de religión. El cristianismo, inevitablemente, está implicado.

Las cuestiones que se debaten son varias: una cosa es discutir si es conveniente o no aceptar la presencia de símbolos religiosos en las escuelas públicas en un momento de pluralismo religioso; otra cuestión es citar en la Constitución europea la tradición cristiana como una de las fuentes constitutivas, y otra, es reconocer el nexo inssolayable que une a Europa con el cristianismo. Un vínculo problemático y tenso a menudo, pero innegable.

Hoy día, cuando se rechaza nombrar al cristianismo en la Constitución europea —y quizá sea mejor así para los mismos creyentes— y cuando estadísticamente comienza a ser cada vez menos claro que los europeos se consideren —más allá de la mera adscripción— creyentes cristianos, está sucediendo, sin embargo, que en el debate intelectual no deja de estar presente esta unión entre Europa y el Cristianismo.

Llama la atención que desde Francia y Alemania una serie de intelectuales como Alain de Benoist, Peter Sloterdijk, Hans Magnus Enzenberger, Martin Walzer y el egipólogo Jan Assmann, por citar a los más conocidos,

han acusado de excesiva y perniciosa la influencia del cristianismo en Europa. Solicitan una vuelta o recuperación de las raíces y tradiciones paganas. Estamos ante un neopaganismo como alternativa al cristianismo

El filósofo P. Sloterdijk considera nefasto el influjo del monoteísmo. En el fondo nos encontramos con una concepción de Dios creador que se distingue de la creación y que impide que nada sea divinizado. Si se quiere, se puede decir al estilo místico judío: Dios se retira del mundo para que éste pueda existir; o como lo decía poéticamente Rilke, Dios crea como los mares los continentes, retirándose. Esta ausencia de Dios deja el mundo en manos del hombre. Iniciamos el camino de las relaciones del hombre con el mundo como historia de una libertad y una responsabilidad. P. Sloterdijk advierte que la tradición bíblica ha introducido una tensión moral y de creatividad en el mundo que hace que esta inquietud engendre utopías de liberación que, finalmente, terminan conduciendo a la catástrofe. Incluso Auschwitz es una consecuencia.

Sería preferible desenterrar la concepción gnóstica en vez de este mesianismo que dramatiza la historia. El

mal está al principio: está en el nacimiento, en la materia. En vez del dramatismo hay que introducir la serenidad y aprovechar las posibilidades de la genteconomía para efectuar una “selección prenatal”.

A. de Benoist achaca al cristianismo el que haya introducido vía monoteísmo, una ética de la igualdad, del pecado, frente a la ética del honor pagana. Con los salmos, dirá expresivamente, se dispara la lucha de clases, pues estimula a pobres y esclavos.

Contra el universalismo cristiano se dirigen tanto Walser como Enzenberger. En vez del amor al prójimo, lo que hay que predicar es el amor a lo próximo. No tanto fustigarse moralmente, interiormente, sobre nuestra culpa y responsabilidad en el estado del mundo, cuanto una visión más positiva del ser humano y de su bondad natural.

Asimismo el monoteísmo sería la causa de la desaparición del paganismo, de una concepción de lo sagrado presente en toda la naturaleza. De igual manera este monoteísmo habría introducido la negativa separación entre Dios y el mundo. De ahí que habría que recuperar nuevamente el paganismo antiguo que subyace bajo cada árbol y cada fuente. Recuperar esta simbiosis con la naturaleza y la variedad de matices de un politeísmo que queda hoy arrumbado bajo la concepción monoteísta. Jan Assmann llega a ver en la “diferencia mosaica” un monoteísmo que se afirma como verdad frente a las otras religiones (no verdaderas, falsas) y, por tanto, introduce un principio de dominio e intolerancia en el mundo.

La Nueva Derecha europea sintoniza con este paganismo. Ve en la al-

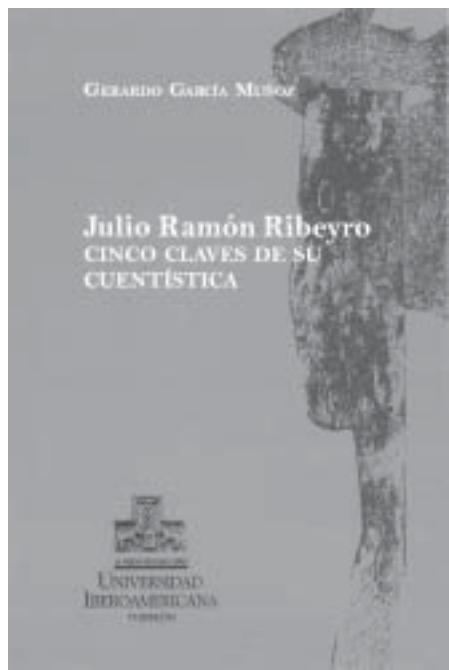
ternativa neopagna, politeísta, panteísta o gnóstica, la posibilidad, incluso, de una nueva versión política. Un “democratismo” no de masas ni de opinión pública, sino de vinculación a través del sistema social y el éxito económico. Descubrimos el carácter político, antidemocrático, de este anti-monoteísmo.

El monoteísmo cristiano es verdad que es compasivo. No es el “pastor o protector del ser”, sino del hermano. No surge de un Dios de los ejércitos, sino de la liberación de los oprimidos. Y, por supuesto, que emplaza al hombre frente a su responsabilidad frente a la injusticia y desigualdad de este mundo. Sin duda, hace de la culpa un elemento del ser humano, pero rompe el nexo mítico entre culpa y expiación. El universalismo cristiano no es el de un Dios, una ley, un rey o caudillo. Han sido sus versiones imperialistas o neoimperialistas las que han desembocado en tales reduccionismos peligrosos. El universalismo cristiano se apoya en el reconocimiento de la igual dignidad de todos los hombres por ser “hijos” y “hermanos”; no esgrime la posesión de la verdad, sino su búsqueda y, lo que es más importante, “hacer la verdad” que implica la justicia y nos hará libres. Nunca creyó en la perfección total en esta tierra ni por ello desesperó de mejorar las condiciones en las que estamos. Alimenta un cuidado sin fin en una apertura confiada hacia un Futuro en Dios que plenificará lo mejor de lo realizado aquí.

Quizá tenga razón L. Kolakowski en que “Europa es cristiana de nacimiento”. Pero hay que entenderlo bien: en una suerte de tensión entre polaridades de lo divino y humano, la libertad y la gracia, la ley y la caridad,

la letra y el espíritu... que le han conducido a un equilibrio vacilante. El cristianismo predominante, frente a las herejías, nunca ha querido romper la tensión y elegir entre los dos polos. De ahí una incertidumbre creativa y una vigilancia crítica contra las unilateralidades. Es bueno reconocer como creyentes o como ciudadanos que el humanismo europeo heredó esta tensión en sus mejores manifestaciones, incluso, oponiéndose a menudo a los representantes cristianos.

En un momento de crisis del humanismo ilustrado y del cristianismo de cristiandad, no estaría mal volver a la búsqueda, la vigilancia crítica y la compasión solidaria. **Ⓐ**



Recibe premio en ESTADOS UNIDOS obra publicada por la UIA Torreón

El pasado mes de abril el Departamento de Lenguas y Literatura de la Universidad Estatal de Arizona (Tempe) otorgó reconocimiento y premio económico al ensayista y narrador torreonense Gerardo García Muñoz (1959), por la publicación de su libro *Julio Ramón Ribeyro. Cinco claves de su cuentística*, ensayo literario editado en 2003 con el sello de la UIA Torreón, considerando que fue el libro más destacado escrito por un alumno de su institución graduado durante el pasado año.

Gerardo García, quien actualmente está por concluir un doctorado en Literatura Hispanoamericana en la misma universidad que lo galardonó, es maestro en Artes por la Universidad Estatal de Nuevo México (Las Cruces). Fue profesor de la UIA Torreón y es colaborador de *Acequias*.

Encuentros de luz

FEDERICO CORRAL VALLEJO

frente al espejo

sonrisas arcanas
al borde del abismo

delimitar horizontes
en medio de los ojos
es tarea de ángeles

FEDERICO CORRAL VALLEJO

Originario de Parral, Chihuahua (1969). Diseñador gráfico, editor y poeta. Ha publicado los libros *Disfrazado de dolor*, *Pequeñeces*, *Arco iris en penumbra*, *Covacha sin fe*, *24 gotas de amor*, *Mujer de humo*, *Vomitar mi muerte*, *Al filo del machete*, y *Carcajada de noche oscura*. Dirige el proyecto editorial Tintanueva.

Bajo las sábanas

el semen de un ángel
pesa más que su cuerpo

su inmadura carne
desconoce el placer de pecar

no hace falta Eva
sí la serpiente
una manzana
y un árbol
para este Adán sin paraíso

Los ángeles

también se deprimen
sufren se irritan
y mueren

el virus
no respeta plumajes



Poiesis, la voz totalizadora

de Raymundo Ramos

Jaime Muñoz Vargas

JAIME MUÑOZ VARGAS

Licenciado en Ciencias de la Información y candidato a maestro en Historia. Investigador en el Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, sj, y coordinador del Taller Literario de la UIA Torreón. Ha publicado, entre otros, *El augurio de la lumbre*, *Pálpito de la sierra Tarahumara*, *El principio del terror* y recientemente, *Juegos de amor y malquerencia*, editado por Planeta.

Hay poetas que son pura intuición, hay poetas que son pura razón. Lo difícil es encontrar artífices de versos que concilien con equilibrio y elegancia esos dos polos del quehacer creativo: por un lado, la pasión casi animal para hacer versos, el olfato, la locura y el flujo de palabras acaso visceral; por el otro, la mesura, el dominio de la forma, la amplitud temática, la presencia de una mente despejada y rigurosa detrás de cada verso. Al recorrer *Poiesis*,* apabullante reunión de la poesía completa —hasta el momento— del escritor Raymundo Ramos, el lector advierte que este coahuilense de excepción es una afortunada mezcla, nada común por cierto, de poeta instintivo con poeta cerebral. Razón y pasión se ayuntan en el caso de Raymundo Ramos y logran que la suya, aunque no tan conocida como se debiera, sea una de las producciones líricas más serias y agradecibles generadas en la segunda mitad del siglo xx mexicano.

La expresión poética de Raymundo Ramos es tentacular. Como octópodo, este escritor mexicano nacido en Piedras Negras, Coahuila, hacia 1934, toca casi todos los temas y casi todas las formas posibles en su *Poiesis*,

obeso volumen que agrupa su oferta lírica desde sus inicios como artífice de versos, en 1957, “hasta donde va” en la actualidad, como observa el subtítulo del libro. Es Ramos un autor con múltiples registros temáticos y formales, y una definición sintética, breve, quizás demasiado simplista pero útil para resumir su obra, es ésta: su poesía es diversa, multiforme en tanto ofrece piezas de elevada inteligencia y compromiso humano, muchísimas otras donde se aparece como autor de cuño más instintivo, vitalista, y otras tantas en las que se dan cita el ingrediente humorístico y hasta cierto coqueteo con lo popular, con lo coloquial, con lo callejero.

Al leer *Poiesis* uno se sorprende de la riqueza literaria que tiene la fábrica de Raymundo Ramos. Es, la suya, una poesía rica en todos los sentidos: en lo humanístico, en lo estrictamente literario, en lo filosófico, en lo social y, lo que también es poco común, hasta en lo político. Todas las zonas de interés alcanzan acomodo en su geografía poética y, por eso, parece injusto que Ramos no sea más conocido, leído y admirado de lo que merece. Ni siquiera en Coahuila, su Estado natal, se le ha dado su lugar, y deberíamos enorgulle-

cernos de saludar a cañonazos la publicación de un volumen con este calibre estético.

Los libros que reúnen la obra completa de un autor suelen ser pesados a simple vista y provocan que el lector recule o por lo menos, vacile antes de ingresar a tamaños aposentos; basta asomarse a las páginas de *Poiesis* para notar que Raymundo Ramos no es un poeta para lectores distantes, fríos. Su obra logra tomar de las solapas al usuario y lo jala hacia las páginas, lo involucra en decenas de poemas escritos con mano amable y segura. Además, ocurre con los libros de poesía lo que no sucede con las novelas: uno puede leer aquellos a saltos, un tanto azarosamente, de manera panorámica; así, en cualquiera de las hojas de *Poiesis* hay fruto, y podemos estar seguros de que cada una de las 800 páginas de este rascacielos verbal es un banquete escrito por uno de los máximos poetas de nuestro tiempo, el coahuilense Raymundo Ramos.

Las áreas de su interés y dominio provocan la sensación de que el poeta es muchos hombres a la vez: un filósofo, un periodista, un crítico social, un degustador de la belleza en todas sus manifestaciones, un espíritu sonriente y, en fin, nada parece escapar a sus telescopios. Además, lo que escribe Ramos queda asentado en la página con gran calidad formal, pues de nada serviría esa abarcadora personalidad sin el control absoluto del instrumento principal de la literatura: la palabra. Abundo sobre su paleta, sobre su multicolorida capacidad para mirar el orbe en su totalidad, lo que, me parece, es un rasgo notable de la poesía raymundiana. En "No moriré del todo", poema con resonancias inevitablemente conocidas, el



autor fronterizo deja ver clara una autorreflexión trágica, pero envuelta en el atractivo celofán del autoescarnio:

No moriré del todo, amiga mía,
más bien no moriré de nada;
de vulgar incidente
al punto de la cita;
¡vaya!, de una complicación cualquiera:
de gripe mal curada o bien de una elegante
enfermedad criptogenética;
de yatrogenia simple y/o
de pendejada médica; de cólico renal,
de pectoral angina o de golpe de pecho
propinado por la mano maestra
sobre la arteria coronaria.
No, no moriré del todo,
moriré de la sombra metafísica
o de hemorroide mal cortada;
pero algo quedará, si no en la urna
sí en la cazuela cóncava del verso,
para amasar la masa azul
de la tortilla mística,
con lágrimas de lágrimas,
y que alguno (o alguna) le llore
al suerbimoco, a este pinche poeta
todo muerto de nada.

Poiesis está organizado en diez grandes estancias. En todas se siente lo que afirmo, lo que reafirmo: Raymundo Ramos celebra con la poesía la variedad del mundo. Es doctor en filosofía, pero eso no lo torna cejijunto dómine de aula, como podría parecer si no chocamos de frente contra su lírica. Si la encaramos, el resultado es un encontronazo con la poliédrica belleza de la vida, pero también un relámpago de inteligencia, y varios dedos sobre las llagas que laceran a la humanidad. Un poeta, pues, íntegro, divertido y templado a la vez, libre de todas las ataduras que impiden el vuelo del verso, aunque esto no quiere decir que, en lo formal,

ignore los metros clásicos. Veamos por ejemplo un soneto que con todo contento hubiera firmado el mismísimo Quevedo (“Hoy cumple un año más”):

Hoy cumple un año más de muerte lenta,
de caminar sin pausa hacia la bruma,
y cada pie que avanza resta y suma
el debe y el haber que hay en mi cuenta.

La cotidiana muerte se presenta
transfigurada en huesos de retúma
y en el vaso cordial de amarga espuma
sangre bebemos turbia y ceniciente.

Todo presagia al húmero que llora
el reino de la sombra permanente
en su inmutable condición postrera;

la invasión silenciosa de la espora,
la embolia azul viajando por la frente
y el diente que anunció la calavera.

En estas 800 páginas cabe en suma todo lo que este hombre inquieto y atento ha sido capaz de percibir, todo: lo bello y lo abominable, lo pródigo y lo parco. Con esta poesía podemos ver de cuerpo entero “al hombre sabio e inteligente, cáustico y bondadoso que es” Raymundo Ramos, como hace tiempo lo definió Óscar de la Borbolla. Por ello, leer y presentar, recomendar *Poiesis*, no es un sacrificio. Más bien, para mí, es un honor, un orgullo que no titubeo en confesar y que aquí comparto con beneplácito de lagunero, con orgullo de coahuilense agradecido por la obra de tan alto poeta. **A**

**Poiesis. Poesía hasta donde va*, Raymundo Ramos, UANL, Monterrey: 2002, 812 pp.

Agenda

Adán Echeverría García

Dormir dos días ásperos
refugiado entre domingo y viernes

lunes 2:30 p.m.
comer palomas en la catedral
escupir a los mendigos

martes
silencio desplomado

se enciende la cascada de sombras
no huye la luz de los párpados

miércoles 5:50 a.m.
paladear al sol en su cornisa
sudar milagros por la calle
apedrear enamorados

11:00 p.m.
robar cromáticas miradas
tatuar carajos en los muslos
enrojecer de ojos el humo

jueves 5:30 p.m.
consumir huesos de sol
desmenuzar la noche

ADÁN ECHEVERRÍA GARCÍA
Mérida, Yucatán 1975. Biólogo de profesión. Desde el 2001 es integrante del Taller Literario del Centro Yucateco de Escritores, AC. Ha publicado los poemarios *El ropero del suicida* y *Delirios de hombre ave*; su obra aparece también en algunas antologías. Colabora en las revistas *El Jaguar*, *Bisal*, *Navegaciones Zur* y la que publica la Universidad Autónoma de Yucatán. En 2002 recibió el Premio Estatal de Poesía Juvenil Jorge Lara y en 2003 le fue concedida la Beca del Programa de Fomento a la Creación y Desarrollo Artístico con el proyecto “Xe-nan-Kó: refugio poético de la fauna yucateca”.

viernes medio día
morder aceitunas del pecho
absorbete las clavículas
enredado en tu cadera

Equilibrando furias,
dos noches para la muerte:
te presiento

noche del viernes
caminar eclipses anulando nubes
exprimir fuego de ángeles
en tus senos descansar las plumas

las manos impregnadas de futuros
disuelven los sentidos

en el ocaso del sábado
me vuelvo caracol herido
y con el silencio de opio
se desangra la respiración.

Pequeño poema a Raquel

Rafael Mondragón

RAFAEL MONDRAGÓN

Nació en Villahermosa, Tabasco en 1983. Ex alumno de la Preparatoria Carlos Pereyra. Actualmente estudia la licenciatura en Lengua y Letras Hispánicas en la UNAM. Ha publicado en las antologías *Aequias de cuentos y Poesía de los estudiantes de la facultad de Filosofía y Letras*.

Hay una palabra de nieve, que tengo en la garganta, atorada
y yo no me atrevo a decirla;
soy un pájaro de fuego,
paseo, arrastrando las plumas, con una palabra en la garganta, sagrada.

Hay que ser valiente para sentirse vivo.
Hay que entender,
y soportar la maravilla:
la maravilla del sonido,
de la ardilla fugitiva, exiliada en su árbol.
la maravilla de tus pasos en la calle,
y la maravilla del mar profundo
que se anida en tu mirada.

Hay hombres que gritan en la calle
la lluvia de gente en mi ventana
el cuarto caracol, el ruido, el mar que pasa.

Caminar por el abismo de la acera, con la mirada cayendo, empañada, oh amor mío.
mirarse a uno mismo en la ventana, y buscarse una sonrisa.

Los muertos son la única compañía que es para siempre.
Los muertos siempre están con uno, siempre se quedan,
uno los carga en la espalda, sonríe y sabe que los muertos son gente de confianza
sonríe uno cuando los escucha hablando bajo en el oído;
caminando entre las calles, con su paso que es susurro de viento entre las flores;
asesinados de amor, pero rondando las puertas del deseo; sonríe uno
sonríe uno cuando los ve pidiendo limosna, en la calle, ofreciendo sus rosas,
vendiendo rosas en semáforos y hoteles;
rosas que les nacen de sus pechos, como ríos
cuando uno encuentra en la calle a sus muertos uno sonríe y toma sus manos,
y les besa la frente.

Camino;
busco motivos para sonreír.
Cierro los ojos,
y escucho los violines en el cielo.

Todos ellos han besado alguna vez.

Cuando uno besa, uno vence al mundo.
Uno se vence también a uno mismo cuando besa.

El beso es una cercanía tan profunda, tan terrible,
que vence a la muerte,
y vence a la vida, también.

Porque vence también a la carne.

Por eso es que a veces los cuerpos se doblan
uno sobre otro, envolviéndose, luchando contra el frío,
que corre, cual serpiente celosa entre las pieles.

Por eso
a veces, uno cierra
sus ojos.

El beso da sentido a las hojas de los árboles.

Una rosa.
Si tú me regalaras una rosa, en la ciudad.

Si tú, a quien yo no conozco,
dijeras
“Ven, toma esta rosa”
y el mundo en ese momento
rugiera,
como suele hacerlo el mundo.

Oh amor mío.

La gente va desnuda por la calle, y no lo sabe.
No sabe acerca de sus pieles rumorosas,
rumorosas; atrapadas, hablando por debajo de la ropa.

La lluvia en la ciudad es más triste.

El sol en la ciudad es como el color del vino.
En la ciudad, los árboles y perros hablan, en lenguas antiguas y olvidadas.

Oh amor mío, caracoles arrastrándose,
con los ojos empañados por la aurora.

Hay una palabra que tengo, guardada como nieve en la garganta,
quiero decirte que te amo, oh amor mío
pero no quiero que la Muerte se dé cuenta.

Como cuando caminamos entre el pasto, y el viento
es helado terciopelo.
Y nos miramos
y hay algo sagrado que vibra cuando tú y yo nos miramos
y hay un motivo en esas hojas que caen,
y hay un
motivo para esto que siento
y hay un motivo para
esto que
siento.

Llega

Daniel Maldonado

Llega
la calidez es clara, alumbría
alienta cercanías en deambular de labios
ella pulsa un edén en su mordida
se abalanza

[Ecuchar poema](#)

pólvora de luna en el agua del origen
su presencia es la pulpa vaticinio de un rito

inmemorial como la fuente que en sus muslos pace
pasa
se deshace y reconstruye con fragmentos de manos la fiebre enredadera
engarzada a sus pechos, sacerdocio de Cipris.

Sus caderas alojan un trigal donde el rasguño caza
su sombra ejecuta y multiplica los símbolos caudales
pierde los nombres acentuados por las cosas
feroz murmullo que cosecha la anulación de esperas inflamadas

respira con un ritmo cacería
le han dado boca para vibrar, para probar en la sal la distensión
para abolirla las formas

abre los muros de la piel que ofrenda su medida
se multiplica en fórmulas para la hoguera con su tibiaza a pleno geiser

para morar los labios
nace la incógnita que amansa el vaho

su cuerpo vence
germina golondrinas en su espalda
vuelca su beso en el aroma que nuestras lluvias batén

descreída del mundo formula los llamados
y en la fronda encerrada, a plena luna abierta
regurguita el principio imantando los goces.

Se derrama

la humedad calca su deleite.

Yo señor indistinto...

Yo
señor indistinto
de la ebriedad solemne y desgarbada

Yo
radical punitivo y fondo agreste de la loza
trazo en la embriaguez la transición de un pulso que se vence
ahogado por las frondas de un destierro

Yo
el animal concreto de mi lápida furtiva
el animal roñoso bebedor, materia del insomnio
digo:

en la ebriedad el pulso tembleque
cautiva inanes precipitaciones
calma el redoble como un grito en cruz mascado
y arremete
la densidad de un ebrio cojo a media suela
pasando el lápiz de su paso ante la niebla.

Derrochador de la ebriedad
pulso una ira carcerera de mi sueño.

Yo duermo flamas que se vencen
crepitaciones de algún pan con cruz guerrera
boletinado cerbero de la niebla
(mí tortuoso
geiser sazonado por la prisa).

Nadie entienda
cegueras fofas despreciadas por el alba.

DANIEL MALDONADO
Torreón, Coahuila 1978. Es autor del libro de poemas *Los otros males*. Ha dado a conocer su obra en publicaciones periódicas de la Comarca Lagunera. Actualmente pertenece al Taller Literario del Teatro Isauro Martínez.

Escuchar Poema

Quincas Borba: las marcas de la lectura

Eduardo Muslip

EDUARDO MUSLIP

Buenos Aires, Argentina, 1965. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires y actualmente cursa un doctorado en la ASU, en Phoenix, Estados Unidos. En el terreno de la ficción, ha publicado dos novelas: *Hojas de la noche* (premio Editorial Colihue, 1996) y *Fondo negro. Los Lugones: Leopoldo, Polo, Pirí* (1998), así como un libro de cuentos, *Examen de residencia* (2000).

Cuando era muy joven, hasta los veinte años o pocos más, yo leía por el placer de leer, y sin duda por otras o más particulares razones; ninguna de ellas me llevaba a escribir nada en los libros leídos. Cuando, un par de meses atrás, tuve la idea de escribir acerca de las marcas que se efectúan en los libros (con el término “marcas” hago comprender desde el simple subrayado hasta cualquier tipo de comentario marginal o glosa) revisé parte de mi biblioteca, y descubrí que los libros más viejos, aun cuando habían sido frecuentados intensamente, no tenían palabras u oraciones subrayadas, ni comentarios garabateados en los márgenes, ni marcas interrogativas o exclamativas. Es el caso, por ejemplo, de *Rojo y negro* de Stendhal, o de *El libro de arena* de Borges. Recuerdo mi entusiasmo cuando seguía la vida de Julian Sorel, o mi ansiedad creciente en la lectura de “El evangelio según Mateo”; sin embargo, los respectivos libros de Stendhal y de Borges no conservan otra señal de mi entusiasmo que el desgaste de la edición. Ahora, algunas de las razones por las que leo deben ser las mismas, pero debo tener otras, como se infiere de la abundancia de marcas que aparecen en

todos mis “nuevos” libros, esto es, los que acumulé en más o menos los últimos quince años.

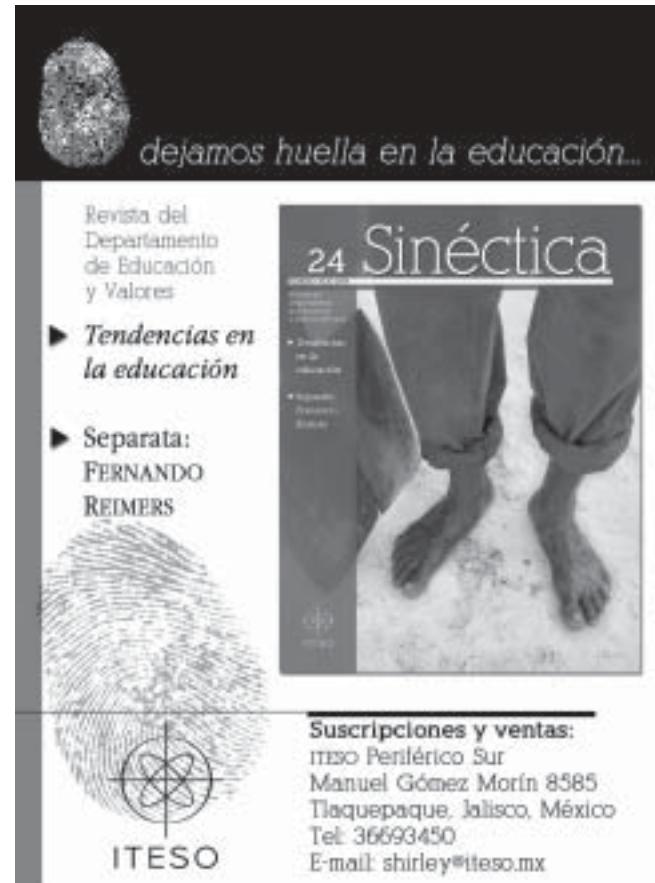
De acuerdo con los resultados de mi rápida revisión, el libro que posiblemente tenga el número mayor y también el más diverso tipo de marcas sea *Quincas Borba*, de Machado de Assis. Lo empecé a leer cinco o seis años atrás, mientras viajaba en tren a Mar del Plata —un balneario a cuatrocientos kilómetros al sur de Buenos Aires— y lo terminé, creo, en los dos primeros días de esas vacaciones. A pesar de que el libro me había impresionado mucho, durante estos años no volví a abrirla, y la relectura de la novela y la lectura de mis marcas me produjo la sensación de atemporalidad que suele aparecer cuando se recupera una intensidad pasada.

La primera frase que escribí en el libro fue *Sevigné, 11*. Sevigné es un viejo y casi abandonado pueblo a cien kilómetros de Buenos Aires. No existe conexión evidente entre el ámbito de la novela (una historia ambientada en el cosmopolita Río de Janeiro del siglo xix) y ese triste poblado. El tren en el que yo estaba viajando cruzaba la estación, sin detenerse, y eso ocu-

rrió a las once de la mañana. Uno puede pensar que consideraciones como éas no son dignas de ser consideradas, puesto que no parecen realmente motivadas por la lectura, sino por el mero hecho de tener papel y lápiz a mano. Sin embargo, es probable que tal motivación haya existido: *Quincas Borba* es, entre otras cosas, una a la vez líviana y triste meditación sobre el paso del tiempo. La atmósfera de la novela me hizo percibir la imagen melancólica de la ciudad; de otra manera, tal vez yo ni siquiera me habría dado cuenta de que la estábamos cruzando. Del mismo modo, fui escribiendo oraciones cada vez más largas en los márgenes, evaluando cuestiones personales o sobre lo que veía alrededor influido por el punto de vista que la novela proponía.

El tipo de marcas más simples y, creo, menos interesantes, son las que indican alguna duda léxica o referencial. Así, hice una crucecita al lado de la palabra *inopinado*. También está señalada la palabra *Ipiranga*, cuya referencia exacta también se me escapaba. La idea de una ulterior búsqueda en el diccionario o de otro tipo de averiguación es, en efecto, solamente una idea que suele desaparecer casi al instante luego de haber hecho esa marca.

Fuera de esos casos, en razón de que las marcas tienen como destinatario a la misma persona que las efectuó, suelen no poder ser interpretadas por nadie más. Así, muchas de las que encontré en libros comprados de segunda mano no me son comprensibles, y pensar en esos mensajes que ya nadie puede recibir me entristece un poco. Otras veces me fastidian. Recuerdo la versión de *La montaña mágica* que compré hace unos años. Era una edi-





ción chilena de los años cuarenta, por lo que parece, la primera en español. Fue leída por un fervoroso admirador incondicional cuyos ansiosos comentarios me avergonzaban un poco. Anotaba, por ejemplo: *¡Muy bien, Señor Mann!*, o *¡Esto me pasó a mí!* Además, subrayaba oraciones que expresaban ideas que me parecían un poco obvias, o que formaban una selección que mostraba en ese lector una personalidad con la que no quería identificarme. Pero el libro es tan largo que ese lector en un momento se cansó de marcar, o abandonó el libro, y por suerte, después de unas doscientas páginas, me dejó solo con el texto. Además de tristecerme pensando en ese señor sin duda ya muerto que dejó al mundo sólo esas marcas de su fugaz entusiasmo, me incomoda encontrarlas porque interrumpen mi relación personal con el texto; es como ver aparecer un tercero sentado a mi lado que hace comentarios mientras estoy tratando de concentrarme en la lectura.

Uno puede no entender las marcas de otro, pero puede suceder, incluso, que el lector conserve el libro que marcó, pero que olvide qué quiso decir. Al escribir, el lector trata de conservar las sensaciones del momento de lectura con la mínima información que permita recuperarlas al reencontrar las marcas, pero esa información suele no ser suficiente, y entonces pierden su referencia, o generan dudas en cuanto a su significado. Así, tengo la certeza de por qué escribí la palabra *Sevigné*, pero tengo que admitir que no estoy muy seguro de que el 11 refiera a la hora, a las once de la mañana. Es posible que el tren haya salido de Buenos Aires recién al mediodía, por lo que no podía pasar por *Sevigné* a esa hora.

Más allá de la posibilidad de establecer o no esas referencias, suele suceder que el lector no pueda entender su propia letra. Esas marcas son escritas con rapidez, en tanto son un paréntesis un poco enojoso: el lector necesita hacerlas, pero a la vez quiere que el tiempo que se les dedica sea lo más corto posible, para no afectar la fluidez de la lectura del libro. Además, el lector puede sentirse avergonzado si alguien al lado lee lo que está escribiendo, y una escritura premeditadamente poco clara lo protege de esas otras miradas. Este caso es muy frecuente en lugares públicos como trenes o salas de espera. Mucha gente se comporta de la misma manera cuando escribe su diario personal, y éste puede guardarse mejor que un libro; sería un poco ridículo guardar en un armario o en un lugar secreto cualquiera un libro debido a lo que uno marcó en él.

La más común de las marcas, el simple subrayado, es una de las más ambiguas. Puede significar “conmovedor”, “importante” o “inexacto”. Esta ambigüedad decrece cuando el número de marcas es mayor; cuantas más son, más explícitas se vuelven, con el agregado de comentarios marginales que rompen la homogeneidad del recurrente subrayado. A veces, en lugar de éste, aparecen en *Quincas Borba* recuadros que delimitan un segmento. Lo primero que está recuadrado es el siguiente enunciado: *no hay serenidad moral que reduzca un centímetro siquiera del tiempo que sobra, cuando no se tiene algún recurso para hacerlo más corto*. Ese tipo de recuadros, al aislar la frase de su contexto, la transforma casi en un aforismo, en un enunciado que no necesita un contexto específico para ser verdadero, e incluso con pretensión de

verdad universal, tal vez no universal en el sentido de que puede interpelar a cualquiera en cualquier época, sino en el de una verdad absoluta dentro de, valga el oxímoron, el universo personal; “eso es, fue y será siempre cierto para mí”, quiere decir la entusiasta mano que dibujó tal recuadro. Y a la vez desdichadamente propone que pueda ser igualmente importante para otro lector, aunque quizás, por el contrario, sólo sirva —pienso en cómo me sentí ante las marcas del lector de *La montaña mágica*— para que ese otro lector sienta su triste y radical diferencia con el anterior: los subrayados de dos personas nunca coincidirán en dos textos literarios, a diferencia de lo que ocurre con otros géneros que proponen que los lectores deben reaccionar de una misma manera frente a un escrito, como sucede con los textos didácticos.

En mi caso, hay claramente una “nueva” razón para marcar los libros: me he vuelto un escritor, y siento que puedo hacer uso de lo que otros escribieron. A veces sé que yo podría haber sido el escritor de esas líneas, o al menos, que yo era la persona a quien estaban destinadas; me parece entonces perfectamente natural apropiarme de esa idea o de esas palabras. Una de las escenas de *Quincas Borba* por la que me sentí muy interpelado es la descripción de un chino de porcelana que, en un arrebato de ira, una mujer bien vestida toma y estrella contra el piso. Por supuesto, la ira no estaba relacionada en absoluto con el chino, que se vuelve la víctima imprevista de la temperamental mujer. Toda la escena está planteada desde el punto de vista del chino. O, más bien, el chino está todo el tiempo en el foco del na-

rrador. Éste describe al chino, hace alguna referencia a este extraño mundo que puede llevar a que se fabriquen cosas como chinos de porcelana —maduros, envueltos en túnicas, pelados, serios, delicadamente barbados— para que adornen una casa de Río de Janeiro. Luego describe brevemente el movimiento pasional que arrastra al chino hacia las manos de la mujer, y desde éstas hacia el suelo; finalmente la quieta y silenciosa dispersión de los pedazos. Alrededor de un chino de porcelana giraron también un par de escenas de *Lo que queda del día*, que subrayé hace poco, y tengo también un vago recuerdo familiar de un chino roto en la casa de mi tía materna, que mi memoria conserva más allá de ningún subrayado específico.

Al costado de ese fragmento escribí mucho, un texto en letra apretadísima que recorre el margen del costado y también el de abajo. Escribí algo como que así me sentía yo a veces, víctima lateral de diferentes conflictos y rara vez tomado en cuenta cuando se efectúa la descripción de las víctimas de esos conflictos. Ahora lo del chino me vuelve a conmover, pero anotaría algo distinto, tal vez porque últimamente siento que soy el producto bizarro de una época que terminará por colocarme en una vivienda hasta que acontecimientos externos —lo realmente importante, con otros protagonistas— me destruirán, y el servicio doméstico o lo que fuere, barrerá mis restos. Pero tal vez esa lectura se deba a un mero momento de melancolía, y en otro instante no muy lejano no sentiré eso ni lo que sentí cuando leí el fragmento por primera vez, y lo del chino me resultará indiferente.



Universidad Iberoamericana, A.C.
Dirección de Formación Valoral

Prolongación Paseo de la Reforma 880
Lomas de Santa Fe, Deleg. Álvaro Obregón
México, D.F., C.P. 01210
Tel: 52-67-40-00 Fax: 52-67-43-31 (exts. 4919 o 7600)

No sé si voy a llegar a recrear la historia del chino en algún relato; tal vez sí imite la estrategia, o retome lo que escribí en lápiz a los costados. Siempre que marco los libros lo hago con un lápiz, no un bolígrafo. Es normal que se prefieran los lápices. Aun cuando el lector no va a borrar lo que escribió, no le agrada dejar una marca permanente, tan permanente como el texto impreso. Usando un lápiz, el lector escribe pero se mantiene en respetuoso rol de lector; con un bolígrafo, es un escritor que atrevidamente invade el texto original. Pienso en mis años como estudiante universitario de Literatura. Yo marcaba poco, pero algunos compañeros se sentían impulsados a una interacción bastante salvaje con los libros leídos, que quedan con furiosos subrayados en bolígrafo y febriiles anotaciones marginales de un tipo que no voy a analizar aquí.

Más allá de los casos en que uno marca los libros por obligación —como al analizarlos por algún encargo académico o periodístico— hay ciertos libros que por sí mismos no invitan a efectuar marcado alguno. Siempre sospeché un poco de este tipo de literatura. En el diálogo que uno establece con el libro, de alguna manera es natural que cada tanto uno necesite explicar lo que piensa. Si uno no quiere escribir tal vez sea porque justamente no hay tal diálogo; uno es apenas llevado de la mano de aquí para allá, y finalmente, nos sueltan la mano, cierran la puerta y adiós, como pasa con ciertas películas de acción. Así, uno circula con rapidez por ciertos libros, con tanta rapidez que incluso puede saltarse partes —es curioso cómo tanto la ansiedad como el aburrimiento pueden tener consecuencias similares— en-

tonces llega el final, y uno lo cierra y puede no decir nada o tal vez sí, se puede decir qué bien, y listo. Esos libros, con los que podemos pasar incluso muy buenos momentos, son los que suelen prestarse inmediatamente cuando algún amigo nos pide algo para leer, y normalmente cuando un tercero nos pregunta si lo tenemos nos olvidamos a quién se lo habíamos prestado. Este proceso no ocurre en absoluto con los libros que nos impulsan a marcarlos: tardamos más en terminarlos, nos resistimos a prestarlos, o estamos más pendientes de la devolución.

No sé si en el futuro voy a seguir marcando los libros del modo en que hoy lo hago, y que he tratado de explicar; en realidad dudo un poco acerca de que el significado o las motivaciones sean exactamente las descritas. Si puedo describir una fantasía sobre la evolución de mis vínculos con los libros, espero, paulatinamente, volver a marcarlos menos, espero mantener mi interés o placer de lector o aun, aumentarlo, más libre de la función un poco utilitaria que fue adquiriendo, más libre de las presiones del tiempo o del trabajo. Sin embargo, más allá de que en el futuro no escriba tanto en los libros, posiblemente me agrade revisitarlos y ver las marcas que hice, que valdrán la pena como una evidencia de mi larga relación con los libros, uno de los contactos más importantes que pude establecer con el mundo. **A**

Jesuitas: arte y ministerios en la Nueva España

Sergio Antonio Corona Páez

SERGIO ANTONIO CORONA PÁEZ
Doctor en Historia por la UIA ciudad de México. Coordinador del Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, sj, de la UIA Torreón. Autor de *San Juan Bautista de los González y Ríos de gozo púrpura*. Coordinador de la colección *Lobo Ramante* y editor del boletín electrónico *Mensajero* del Archivo Histórico. Becario de CONACYT.

Aunque el objetivo formal de esta reseña es presentar tres magníficas ediciones, el trasfondo real lo constituye la celebración del significativo impacto que san Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús tuvieron en la cultura material, en la sociedad y en la mentalidad novohispanas.

Nosotros, como laguneros, tenemos particulares motivos para celebrar. Su Católica Majestad don Felipe II, por real orden dada en Madrid el 6 de abril de 1594, autorizó a los jesuitas para que pasaran a Topia, a Sinaloa y a La Laguna, apenas a 22 años de su llegada a la Nueva España.¹ En 1598 el padre Juan Agustín de Espinoza, sj, fundó la misión y pueblo de Santa María de las Parras junto a las haciendas españolas ya establecidas.² Ese mismo año y en la misma dinámica, se fundaron las poblaciones de San Juan de Casta y Mapimí. El Partido de Parras, su misión y sus visitas constituyeron el punto de partida político, étnico y cultural de la Comarca Lagunera. En pocas palabras: en absoluto somos ajenos a los fenómenos sociales, artísticos, pedagógicos y religiosos que hoy ponemos de relieve.

Ad Maiorem Dei Gloriam, la Compañía de Jesús promotora del arte es una coedición de la UIA México y Conaculta. Constituye un extraordinario texto ilustrado con láminas a todo color y debidamente anotado. De primera intención, pretende —y logra con todo éxito— el rescate editorial de una cantidad significativa de obras artísticas cuya elaboración, culto o uso promovió la Compañía de Jesús en la Nueva España. Pero no se trata de un mero catálogo de obras de cultura material (pintura, arquitectura, escultura y, en mucha menor escala, artefactos y artes decorativas). Se trata de un prolífico trabajo de investigación que, con una serie de lecturas integradoras y eruditas, contextualiza para nosotros dicha producción, nos revela su sentido más profundo y lo pone en perspectiva a partir de la vocación y carisma de san Ignacio de Loyola y de la Compañía de Jesús. Autores del más alto rango académico rubrican dichas lecturas: Alfaro Barreto, Ortiz Islas, Hanhausen Cole, Cazenave Tapie, Mues Orts, Salazar Simarro, Baz Sánchez, Martí Cotarelo, Zaragoza Reyes y Gámez.

Desde luego, el principio y común denominador de éste y de los otros dos libros que hoy ponemos a consideración de ustedes, es la elección de Ignacio de Loyola para el cumplimiento de una misión divina. Esta encomienda sería finalmente entendida por Ignacio de Loyola y la Compañía misma como la propagación y consolidación de la fe católica dondequiera que se requiriese, en tierras cristianas o gentílicas, en el Viejo o en el Nuevo Mundo.

Según el pensamiento humanístico cristiano de san Ignacio, las cosas habían sido creadas para el hombre, y para que el hombre las usara como medios que le permitieran alabar, reverenciar y servir a Dios, y así salvar su propia alma.³ Desde luego, la salvación del alma implicaba apriorísticamente una visión profundamente ética y solidaria. Es bien conocida la recomendación que san Ignacio hace en los ejercicios de estar más dispuesto a escuchar al prójimo que a condenarlo, y en el caso de que el prójimo percibiera mal, se señala la obligación de corregirlo con amor, y si no bastara la corrección, habría que buscar todos los medios convenientes para que, entendiendo bien, se salvara.⁴

La enseñanza, la investigación científica, la evangelización, la predicación y el culto eran medios convenientes para la misión salvífica de la Compañía, es decir, para la propagación y la consolidación de la fe católica. Estas actividades a su vez dieron origen a los colegios, las misiones, los templos y las obras de arte, tantos cuantos se requirieran. Las haciendas de los jesuitas compartían el carácter de medios, ya que con sus ganancias se podía sustentar la dinámica del pro-

ceso. Se calcula que llegaron a poseer 122 empresas productivas, en su gran mayoría haciendas ganaderas y agrícolas.

A lo largo de este libro se nos da cuenta de estos versátiles principios de acción y de la manera como se actualizaron significativamente en la Nueva España del barroco. Veremos desfilar ante nuestros ojos soberbias pinturas y esculturas que tienen como tema la vida natural y sobrenatural de san Ignacio de Loyola y de la Compañía de Jesús; iconografía de la divinidad, de los santos, de María. Todas estas obras fueron producidas por los artífices de mayor renombre en la Nueva España, como los pintores Baltazar Echave, José Juárez, Juan Cordera, Miguel Cabrera, Cristóbal de Villalpando, Juan Rodríguez Juárez, José de Páez y otros. Veremos asimismo imágenes de templos y colegios, recintos arquitectónicos con sus claustros, naves, altares y retablos, elementos con los cuales se delimitaban y mantenían espacialidades para la enseñanza, la convivencia, la meditación, la predicación, el culto y la veneración de las imágenes. Todas ellos son ejemplos de construcciones soberbias en las que participaron arquitectos de la talla de José Durán (siglo XVII) o Ildefonso Iniesta Bejarano (siglo XVIII).

Desde mi particular disciplina, no dejo de notar el fenómeno de historicidad en la percepción y en la relación del sujeto con la obra de arte. Es decir, la manera como los novohispanos se relacionaban con la obra de pintores, escultores y arquitectos es diferente a la nuestra, perceptores del siglo XXI.

De acuerdo con los conceptos ignaciano y tridentino, la pintura y la

escultura (sin excluir la arquitectura y la música religiosas) debían realizarse con la función pedagógica de instruir y confirmar al pueblo en las verdades de la fe católica. Se trataba de obras que debían ser elaboradas para generar un efecto estético (es decir, sensorial) de belleza u horror que persuadiera al receptor de la veracidad y de la bondad del dogma, o bien, que lo moviera al arrepentimiento, a la imitación de las virtudes representadas o a la fervorosa plegaria. Al ser minoritario el número de personas que sabían leer y escribir, la retórica de la imagen en el contexto de la espacialidad sacra era un poderoso factor para lograr un efecto de credibilidad en la mente y de esfuerzo en la voluntad, saludables para la fe cotidiana de los novohispanos.

Nosotros, a diferencia de nuestros abuelos, no interrogaremos a las obras de arte en búsqueda de las verdades fundamentales de nuestra fe, aunque sin duda podemos reconocerlas. Estamos acostumbrados a relacionarnos con las obras de los artífices del pasado en la espacialidad de los recintos profanos —los museos— o bien, en los libros o presentaciones audiovisuales. No buscaremos en dichas obras el camino de salvación, sino la expresión de la mentalidad de la época de acuerdo a la interpretación del artista y su aportación técnica en el contexto de su escuela y de su tiempo. Al tomar distancia de su propósito original, las valoramos como documentos del pasado y como obras de carácter estético.

A través de las páginas de este libro aprenderemos mucho sobre la Compañía de Jesús y también acerca de la realidad del mundo que nuestros abuelos novohispanos percibieron y vivieron. A la vez, tendremos la expe-



riencia de su plástica. El Departamento de Arte de la Iberoamericana ciudad de México pone hoy en nuestras manos una extraordinaria selección iconográfica y una exégesis más que autorizada que enriquecerá nuestra biblioteca y nuestra vida cultural.

Hemos dicho anteriormente que la educación y la evangelización constituyeron actividades por medio de las cuales la Compañía de Jesús pudo —y lo hace todavía— ejercer su vocación salvífica. Para analizar e ilustrar precisamente estas actividades en su dimensión histórica, la Ibero México, en coedición con Artes de México, editó dos números especiales de libros-revistas: *Los colegios jesuitas en la Nueva España y Misiones jesuitas*.

LOS COLEGIOS JESUITAS EN LA NUEVA ESPAÑA

Contiene un editorial y siete artículos firmados por académicos de la talla de Alfonso Alfaro, Luce Giard, Heinrich Pfeiffer, Pilar Gonzalbo, David Brading, Elías Trabulse y Guillermo Zermeño. Estos autores nos demuestran de una manera muy amena y erudita la historia de la vocación jesuita por la enseñanza en el Viejo Mundo, así como la historia de la filosofía que sustentaba su modelo pedagógico. Esta pedagogía abarcaba desde las primeras letras hasta la enseñanza universitaria y la investigación científica. El modelo pedagógico común, la *Ratio Studiorum*⁵ —método y sistema de los estudios de la Compañía de Jesús— propiciaba una educación que enfatizaba la libertad y el respeto al ser humano y a su dignidad. De esta manera, los colegios jesuitas, aunque no eran elitistas, lograron consolidar una mentalidad de corte humanístico en las clases dirigentes

novohispanas. El impacto de las instituciones de enseñanza de la Compañía en la mentalidad de la sociedad virreinal contribuyó a la reflexión y al surgimiento de la identidad nacional “*non fecit taliter omni nationi*” e impulsaron grandemente las ideas de independencia política. Entre muchas otras cosas, se nos da cuenta de la coincidencia entre la estética del arte barroco y el “camino a la trascendencia a partir de los sentidos” que enseñaron y promovieron los jesuitas. Los artículos han sido profusamente ilustrados y anotados, y como es costumbre en *Artes de México*, con textos bilingües español-ingles.

MISIONES JESUITAS

Se sitúa en la tesitura de *Colegios Jesuitas* con un editorial y ocho artículos firmados por Alfonso Alfaro, Huang Xiang, Antonio Menacho, sj, Charles Polzer, sj, Jean Meyer, Miguel León-Portilla, Ignacio del Río y Miguel Matthes. Con la amenidad que los caracteriza, estos autores nos muestran la faceta misionera de la Compañía de Jesús. Puntualizan como una de las características más acusadas de su modernidad como institución religiosa del Renacimiento, su apertura de mente, su respeto abiertamente antropológico por la alteridad sin menoscabo del celo evangelizador que los mueve.

Se presentan las experiencias misioneras en China, en el Paraguay, en la Nueva Vizcaya y en la Baja California; la rebelión indígena en esta última en 1734 y una sección sobre la Compañía de Jesús y el testimonio epistolar de la labor misionera. La edición también es bilingüe, ilustrada y anotada.

Como mencionaba al principio, Santa María de las Parras y su partido

—que en buena medida coincide con la Comarca Lagunera actual— constituyan desde 1594 tierra de misión para la Compañía de Jesús. Parras y sus visitas fueron secularizadas y convertidas en parroquias a mediados del siglo XVII.⁶

Cuando las antiguas misiones pasaron a manos del clero secular, la Compañía de Jesús retuvo su casa con viñedo, huerta, templo y colegio anexos en Parras,⁷ conjunto que fue confiscado cuando la expulsión Carolina de 1767. Para ayudarse en los gastos del colegio, los jesuitas producían vinos y aguardientes en sus propias bodegas. Los inventarios del siglo XVII muestran que poseían lagares y alambiques. Precisamente en la primera mitad del siglo XVII el jesuita alemán Athanasio Kircher⁸ demostró de manera científica que los orujos de la uva servían para la fabricación de aguardiente. En Parras, todavía a mediados del siglo XVII, los orujos prensados se tiraban como basura. Pero en 1659 éstos comenzaron a ser destilados. Es decir, el impacto de la Compañía de Jesús en la Comarca fue también de carácter tecnológico, ya que los jesuitas introdujeron y popularizaron una forma de producir alcohol por destilación del bagazo de la uva. Estas actividades vitivinícolas produjeron la primera gran bonanza de cultivos comerciales en el pueblo y haciendas del partido de Parras. Con varias cédulas del siglo XVIII, la Corona exentó de impuestos esta actividad en la región. Como en otros lugares, la Compañía de Jesús contaba también con haciendas para sufragar los gastos del colegio. Tal fue el caso de Santa Ana de los Hornos.⁹

En cuanto a las artes plásticas, existe una herencia cultural práctica-

mente desconocida para los laguneros. Los mismos principios jesuíticos y tridentinos de propagación de la fe por medio del arte estuvieron vigentes en nuestra región. La colección privada de la Compañía de Jesús en La Laguna cuenta con variedad de lienzos y esculturas, cuyo antiguo uso para el culto y la propagación de la fe ya hemos mencionado.

Destacan las obras de Juan Sánchez Salmerón, pintor del siglo XVII que colaboró con la Compañía en Tepotzotlán, algunos de cuyos cuadros pueden apreciarse en la catedral de México y en el Colegio de las Vizcaínas. De este autor se incluyen tres cuadros en la muestra que complementa esta presentación. Tal vez en un futuro no lejano, la casa editorial Artes de México quiera dedicar un número a la presencia de la Compañía en tierras laguneras.

No resta pues más que agradecer a la UIA México, a Artes de México, a la UIA Torreón y al Museo Regional del INAH —a título personal y como portavoz de los laguneros—, no solamente la publicación de estos extraordinarios libros, sino también la presencia de los académicos que esta noche nos ilustran desde sus disciplinas y saberes. A

Texto leído en la presentación de *Ad maiorem Dei gloriam. La Compañía de Jesús promotora del arte; Los colegios jesuitas en la Nueva España y Misiones jesuitas*, acto que exhibió además una pequeña muestra de arte colonial de Santa María de las Parras. El evento contó con la participación de los maestros Quintín Balderrama López, sj, rector de la UIA Torreón y Enrique González Torres, sj, rector de la UIA ciudad de México; y de cuatro doctores expertos en arte e historia: Ana Ortiz Islas, directora del Departamento de

Arte de la UIA ciudad de México; Alfonso Alfaro, director del Instituto de Investigaciones de la editorial *Artes de México*; Alberto Ruy Sánchez, director de la editorial *Artes de México*, y Sergio Antonio Corona Páez, académico investigador, docente y coordinador del Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza de la UIA Torreón. La presentación se celebró el 18 de marzo de 2004 en las instalaciones del Museo Regional del INAH, ubicado en el bosque Venustiano Carranza de Torreón.

NOTAS

¹ "Monumenta Mexicana V, d. 65, AGI. México 27", en Agustín Churruga Peláez, sj, *El sur de Coahuila antiguo, indígena y negro*. Los jesuitas llegaron a Nueva España en 1572.

² Entre 1600 y 1601 atendían la región los siguientes jesuitas: Nicolás de Arnaya (43 años), Jerónimo Ramírez (41 años), Francisco de Arista (35 años) y Juan Agustín de Espinoza (32 años). *Vid. A. Churruga, sj, op. cit.*

³ "Exercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea (...) Primera semana. Principio y fundamento."

⁴ *Ibid*, "Prosupuesto".

⁵ *Ratio atque Institutio Studiorum Societatis Jesu*.

⁶ En 1641 fueron convertidas en parroquias las misiones de Parras y San Pedro. Agustín Churruga, sj, et. al., *El sur de Coahuila en el siglo XVII*, Ayuntamiento de Torreón, Torreón: 1994.

⁷ La *Carta Anua* del 8 de abril de 1600 nos menciona que los padres habían edificado una "casa y iglesia y huertas para hacer sus misiones".

Carta Anua en A. Churruga, sj, *El sur de Coahuila...*

⁸ Athanasius Kircher, 1602-1680. Obras suyas son: *Kircherius Jesuita germanus Germanie redonatus*, Leyden: 1662; *Mundus subterraneus in xii libros digestus*, Ámsterdam: 1668; *Ars magna lucis et umbrae, in x libris digesta*, Ámsterdam: 1671.

⁹ En 1644 pastaban tres mil vacas en su jurisdicción. En 1660 aparece en los inventarios del Colegio (A. Churruga, sj, *El sur de Coahuila en el siglo XVII*). El cura párroco de Parras, hacia 1777, menciona como propiedades de los jesuitas intervenidas por la "Ocupación" las siguientes: las tierras de (Santa Ana de) los Hornos, Chupadero de Santa Bárbara, el ojito y viñas del colegio" ("Origen del pueblo y vecindario de Santa María de las Parras", en Corona Páez y Sakanassi Ramírez, *Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII*, UIA Torreón/ Ayuntamiento de Saltillo, Torreón: 2001).

Suscripción nacional por 1 año \$ 200.00
 Suscripción internacional por 1 año US \$28.00
 Publicación Trimestral

Arriupe hombre para hoy

Antropología de Zubiri

A mitad del sexenio
 (Chiapas y Derechos Humanos)

49

Por favor enviar **GIRO POSTAL ORDINARIO a:**
Jorge Manzano, Admón. 39. Apdo. 39-129
 44171 Guadalajara, Jalisco.

O depositar a la cuenta no: 56-50637614-9
Serfin sucursal La Paz y enviarnos un FAX
 -fax (01-33) 3669 34 34 ext. 2975 de la ficha de depósito.

xipe totek
revista de filosofía y ciencias sociales

Filosofía y Humanidades, iteso, Guadalajara.

El cielo sin espacio

Alfonso Vázquez Sotelo

ALFONSO VÁZQUEZ SOTEO
Originario de Silao, Guanajuato.
Director del Instituto Estatal de
Documentación en Saltillo,
Coahuila.

Vi sus ojos desorbitados, una especie de irónica locura senil. Mi padre no era así, recuerdo que tenía entereza y respondía con presumida arrogancia a las estaciones del año, ahora no hay forma de comparar su vida con su edad.

Me propuse verlo con imágenes agradables, pero éstas se me agotaron en los breves momentos que uno tiene de cordura en su presencia.

Mi padre tiene un silencio especial en su existencia, un bolso de canicas raído, unos dedos prolongados señalando horizontes inexistentes, una boca fruncida de deseos, una tarde que no quiere recuerdos, una multitud de seducciones inocuas impresas en la frente. Vive latiendo como flama escuálida llena de amenaza.

Para nosotros ahora es más difícil adaptarnos a su nueva condición de vida aletargada, ríe de nuestra falta de pericia para manejar los sentimientos y los movimientos en su entorno. Reñimos fuera de la cueva. Luchamos a oscuras rasgándonos la pequeña cobija de unión que nos congrega. Hablamos de la ley del desencanto, de la molesta risita titilante que se refleja como destello, del egoísmo con manos de pulpo nervioso.

Para exculparnos, convocamos apresurados a tribunales, y en ellos

queremos dirimir y convertir en contumaz la realidad de nuestras limitaciones.

La voz de la cueva demanda atención, paramos oreja y salimos en estampida. Y luego regresamos cuchicheando las vergüenzas de nuestro desenfreno.

El tesoro de la cueva todos nos lo hemos repartido a gritos y en silencio, apelamos a la caprichosa amnesia de nuestra ambición para convertir en propiedad hasta el aliento del hombre mayor. No hay bandera de amor, no hay bandera de paz, tampoco existe la verdad y la congruencia. Nuestros ojos y gestos se hinchan de exigencias.

Hasta las faldas mismas de la sonrisa ha caído la nieve, cubre nuestros rostros, rodea los corazones, impacta nuestro puño, el frió irrumpió con escándalo de ausencia desde la madrugada hasta bien entrado el mediodía, el escándalo de la oscuridad resucito fantasmas, a la luna ausente, a las estrellas sin luz que consumen la vida desde fuera.

Hay vacío, el “nunca” sin fuerza, el “ahorita regreso”, el pasillo acumulando polvo desierto, una pena llena de pena y el cielo sin espacio. ☰

Se conformó con ser un quijote

Se conformó con ser un quijote silente lleno de historias, como él, leyó miles de libros hacia adentro para alimentar sus inconformes fantasmas, su magra necesidad de seducción y el torrente caliente de los deseos.

A los ojos mortales del común de la gente aparecía sin ambición terrena, sorteando en el mejor de los casos la ironía extrema.

Desde muy joven, se sentía en un espacio y un ambiente burlonamente traicionero, rústico y fuera de tiempo.

Un padre tradicional, enérgico, con paradigmas cortos y frases de rayo: “el buey se lame solo, no necesita quien lo lama”; con terquedades que arropaban a contracorriente decisiones llenas de culpa: “sabe leer, contar y escribir, es suficiente, que se ponga a trabajar”; le propinaron la queja turbia en su existencia con gran abundancia.

Esa tarde en que escuchó la contundencia del mandato comenzó a soñar y a buscar su propia verdad.

A sus escasos años comenzó a administrar la poca y deteriorada hacienda familiar, fue el sostén de la familia, se apropió del comportamiento y de la moral del padre y la aplicó con la energía aprendida a los hermanos menores, es decir, a todos. Desde entonces se

condujo con la imagen de tener un yugo amargo y pesado.

En todas las acciones que emprendía reflejaban desafío. En la mayoría de sus noches había fugaces escapes al mundo de los resplandores divagantes.

Yo entonces me alistaba muy temprano para acompañarlo, con el alba metida entre la piel y la camisa, saltando con alegría para ver el tránsito a su realidad terrena.

¿Cómo agradecerle la enseñanza de la cartografía humana en cada acción?

Las maravillas escuchadas de su boca sin el protocolo de las instituciones son un diluvio de imágenes y pasiones transmitidas en el reducto de la in-

timidad laboral. Conocí el drama de las Termopilas en el mediodía en que empujábamos un tinaco hacia un segundo piso; haciendo ranura para empotrar los tubos del agua me intrigó con el sigilo observado por todos los soldados que iban en el potro de madera en Troya; cuando desmontamos el motor quemado en el rancho del Capricho, propiedad de unos españoles avecindados en el pueblo, me reveló la grandeza estratégica de Hernán Cortés; cualquier lugar y espacio eran momento para exorcizar la frase que era su yugo. Cuando esto ocurría, yo le veía humear una especie de sonrisa fresca, luego me mostraba las manos que eran todo su tesoro y sacaba de sus ropas una libreta para anotaciones en la que registraba las frases con pretensión de inmortalidad que había venido construyendo.

“Si se puede se hace” —me decía—. Entiendo que su vida está repleta de rosas a punto de reventar a sus 84 años.

La muerte podrá ganar su batalla, pero el gesto soñador e indeleble, su sonrisa práctica y corta, su frase burlona de cariño, su imagen de caballero andante, firme, dichosa, seguirá abriendo sueños como nunca. **A**

“No encontrarás mi nombre”

En los 76 años de Enriqueta Ochoa

Gerardo Segura

Quedé de verme con Tereshina en la placita de Sucre para buscar juntos la casa de Enriqueta Ochoa, sobre Amores. Queríamos entrevistarla para la clase de Yolanda Argudín, y se nos ocurrió que el mero día del cumpleaños de la poeta, el dos de mayo, podría valernos un tanto extra. Revisamos el calendario y encontramos que el dos de mayo de este año caía en jueves, así que ni modo de conectar un puente del uno al cinco, y lo más seguro es que doña Enriqueta se encontrara en casa, quizá acompañada de Marianne, y entonces aprovecharíamos para de paso hacerle una entrevista que podríamos guardar en el banco de información.

La mañana del dos de mayo se desperezó fresca, con un sol encogido asomándose por el horizonte de edificios que circundan mi departamento. A las ocho treinta tomé el metro Taxqueña y a las nueve emprendí una caminata decidida por la diagonal de San Antonio, desde el metro Etiopía hasta el punto de reunión. Tereshina andaría las dos o tres cuadras que distan desde la cerrada Luz Saviñon hasta la plaza Sucre, y emprenderíamos la marcha por avenida Amores hasta dar con el domicilio de la doña. Bien pude haber

pasado por Tereshina a su casa. Basta-
ba tomar un Águilas que me trajera
desde la Churubusco a través del Eje
ocho, hacer trasbordo en Insurgentes
hasta el World Trade Center y listo,
casi estaría en casa de Tereshina. Pero,
¿por qué? No era ya suficiente que me
cocinara en el chisporroteo inclemente
de sus ojos, que azuzara mi sangre con
el incienso multicolor de su cabello,
para que encima se valiera de mí como
su chambelán incondicional. Tal vez
hubiese sido mejor hacer equipo con
Alfredo —al cabo no habla—, o con
Lupe —chaparrita pizpireta— que con
Tereshina. Porque yo sabía desde el
principio que me haría sufrir, y no ha-
bría dignidad capaz de hacerme conser-
var mi dignidad hasta postrarme a sus
pies, tal y como terminan los amantes
secretos. Por eso desde que llegó, ni si-
quiera la saludé. La vi transpirando el
cansancio de las tres cuadras desde su
casa hasta mí, y sin mayores averigua-
ciones inicié la marcha Amores abajo,
en busca del departamento de
Enriqueta Ochoa.

—¿A dónde vas tan furibundo?—
me contuvo Tereshina. Lucía un pantalón
de mezclilla y una camisola de al-
godón color naranja. Una gorra de

beisbolista, roja, con las letras UIA resaltadas en blanco sobre la visera, daba sombra a sus ojos dorados— ¿Porqué mejor no le llamamos por teléfono y nos encaminamos directo a su casa? Confesé que había dejado el número telefónico en mi departamento, así que deberíamos caminar algunas cuadras.

—¿Cuántas? —se erizó Tereshina.

—Pues desde aquí hasta Circuito interior... unas 18 más o menos... o para arriba, hasta Insurgentes y Yucatán... unas 30.

Desde el miércoles 24 de abril discutimos muchas veces el cuestionario de la entrevista a Enriqueta Ochoa, repasamos su biografía, y cómo encontrar a la poeta. Yolanda nos consiguió su domicilio a medias: Amores 86, y luego, nos soltó al garete. Tereshina y yo discurremos, con la sabiduría de todo estudiante, que de las cinco calles, la avenida y la cerrada con el nombre de Amores registradas en la ciudad de México, la única que vendría bien a la casa de Enriqueta Ochoa —poeta honrada, monumento literario mexicano—, sería la de la avenida. Pero una avenida con 48 cuadras es demasiado. Sobre todo si ella, Tereshina, consultó el directorio, encontró el número telefónico de doña Enriqueta, lo apuntó, y me lo dio, porque argüí que a mí nunca se me olvidaba nada.

Fue en vano rastrear calle arriba y calle abajo el número 86 de Amores, departamento de doña Enriqueta. La mañana se nos echó encima, luego el mediodía, con su sed a cuestas; y el apetito que se nos formó al caer la tarde hizo imposible conciliar su irritación con mi tendencia hacia ella, mujer soñada. A las cuatro de la tarde, después de recorrer Amores dos veces,

en el jardín Ortiz Rubio, Tereshina me hizo saber lo harta que estaba, lo cansada que se sentía y lo decepcionada que dormiría esa noche por los 50 puntos perdidos en la clase de Yolanda Argudín.

Con esos pronósticos caminé hasta el metro Zapata, solo, como puede estar un hombre solo en la ciudad de México, a mitad de la soledad multitudinaria que significa ver a la mujer amada extinguirse en un Ruta 100, Félix Cuevas abajo, sin nada más que mostrarle que la propia cara del galán estudiantil que fui. Esa noche me pregunté incesantemente dónde viviría Enriqueta Ochoa, dónde carambas perdí su número telefónico y por qué Tereshina no me quería.

Harto, a la medianoche emprendí la relectura de *Bajo el oro pequeño de los trigos*, su antología personal, y entonces, aturrido por el silencio doméstico de la ciudad y el desprecio de Tereshina, leí en su poema “Las vírgenes terrestres” la razón por la que, a pesar de ser la poeta santa y sagrada de México, no habíamos encontrado a Enriqueta Ochoa:

En vano envejecerás doblado en mis archivos:
no encontrarás mi nombre.
En vano medirás los surcos sementados
queriendo hallar mis propiedades.
No tengo posesiones.
En cambio,
es mío el sueño de los valles arrobados
y mío el subterráneo rumor de la semilla.
Si me extraviara a tientas en la oscuridad,
¿cómo podrían llamarme y entenderles?
Llámennme con el nombre
del único incoloro vestido que he llevado:
el de virgen terrestre. **A**

Hoy junté los pedazos

Ricardo Coronado Velasco

RICARDO CORONADO VELASCO
Maestro en Ingeniería, maestro en Letras Modernas y candidato a doctor en Historia. Director del Departamento de Ingeniería y Computación de la UIA Torreón. Ha publicado, entre otros, *Nocturnancia, Por las que van de arena, Los refugios de la memoria y Epistolario de un sueño*.

Ayer Joaquín volvió a desconcertarnos con otra de sus apariciones sorpresivas. Lo supe desde muy temprano y ni siquiera de primera fuente, sino a través de esa suerte de noticias que llegan a uno por mera resonancia. Desapareció hace cuarenta años, con la muerte de papá. Díriase que había muerto con él; que su larga trayectoria de huésped intermitente había concluido. Pero en esta ocasión ya no sufrió como entonces. Y es que el mundo es otro, los que aún quedamos en la familia hemos envejecido y calloso tenemos el espíritu.

La última vez que lo vi la enfermedad de papá todavía no mostraba sus señas funestas; mi hermana Adelaida recién se había fugado con el novio, y en casa vivíamos sólo mis padres, mi hermano Rodolfo y yo. Entonces me contó que se casaría y hasta me presentó a la novia. No pasaría mucho tiempo para que estuviéramos guardando a papá bajo tierra. Pero Joaquín ya no estaba y no nos acompañó al sepelio. Creo que cuando se enteró, decidió que no volvería; posiblemente pensó que por fin se había roto el único anillo que articulaba su enjuta figura a nuestras barrigas rollizas. Después de todo, éramos hermanos a medias, pero por la mitad más endeble.

Mi hermano Joaquín nació con espíritu aventurero, y comenzó a ejercerlo desde chico. Nunca supe cuántas

veces se escapó de la casa, pero su valquería indómita llegó a ser la pena de papá. “Yo tengo un hermano que se va de la casa”, presumía a mis amigos de la escuela. Al fin y al cabo, cualquier cosa que rompiera el letargo de aquella rutina provinciana nos daba la sensación de no pertenecer a la chusma.

Dicen que la primera vez que mi hermano sometió a prueba su vocación de trotamundos –pasados los siete años– puso de cabeza a mi acongojada familia y al barrio entero. Como reza el estribillo: “Se le buscó por cielo y tierra”. Y nada. Pasados algunos días, llegó un hombre con el niño de la mano; callejeaba la criatura por uno de los más alejados suburbios de la ciudad, cuando lo encontró. La alegría retornó a la casa; lejos estaba papá de darse cuenta de que en la mente pequeña de su hijo se había iniciado una meritaria carrera de vago consuetudinario. No la detendrían ni las promesas de mejores condiciones de vida, ni los castigos severos, ni las reclusiones en la escuela correccional del padre Toño. Una y otra vez mi hermano volvió a las andadas de nómada empedernido.

Cuando regresaba a casa me sobrecogía su facha de espantajo: desvalido, sucio, con una tristeza profunda en los ojos. Los primeros días deambulaba por los rincones, ajeno a todos, como si no existiéramos. Luego volvía a la

normalidad y se integraba a la familia. Pero eso duraba sólo unas semanas: su ética de andariego terminaba por regresarlo a la calle. Y yo me quedaba con su ausencia, el recuerdo de sus historias, el sabor de sus juegos. En pocos días, la memoria sucumbía y sólo quedaban vestigios de la imagen del vagabundo hermano, diseminados por las habitaciones de mi mente.

Feillo, extravagante, Joaquín tenía algo en común con *La Zarca*, la gata de ojos azules que me regaló la tía Hortensia, hermana de papá. *La Zarca* se evaporaba por temporadas y reaparecía cuando menos lo esperábamos. Escuálida, mugrienta y preñada; "Mira nada más: vienes toda descuajaringada" —le decía papá—. Y ahí se andaba un tiempo; al principio, sumisa aceptaba nuestras caricias y los desperdicios que le guardábamos en la comida. Pero cuando engordaba y se fortalecía, se ponía arisca y tiraba arañosazos al que intentara cargarla; sólo a papá y a Joaquín —cuando estaba en casa— se los permitía. Y hasta para comer se ponía disgustada: si no eran las menudencias de la carnicería, prefería que los pájaros o los ratones dieran cuenta de la batea. Nacidas sus crías, la tierra se tragaba a *La Zarca* y a mí me asignaban la tarea de repartir la camada entre los vecinos o tirarla en el llano.

Cuando Joaquín y *La Zarca* coincidían, era distinto. Formaban una simbiosis huraña, durante el tiempo que ahí permanecían. Se levantaban a media mañana; Joaquín, siempre retobado y en compañía de la gata, hacía sólo algunas de las tareas que mi madre le encargaba; en las tardes, después de comer, los dos salían a la calle y hasta muy noche se presentaban a dormir: mi hermano en el suelo —aseguraba que "le dolía" lo blandito del colchón— y el animal a sus pies.



—¡Esta casa no es un mesón! —protestaba mi madre.

—Déjalo! No ves que el pobrecito está muy cansado —intercedía mi hermana Adelaida.

Y papá reprendía a Joaquín, pero con un tacto más propio de una caricia. Tal vez porque no perdía la esperanza de que su hijo, al sentirse amado, se corrigiera. Y todo terminaba en pleito entre mis padres, atizado por Adelaida.

Papá toleró los vaivenes del errante hasta que Joaquín llegó a la adolescencia. Movido más por la cantilena de mi madre, un buen día explotó: “¡Cabrón, si vuelves a marcharte ya no serás recibido en esta casa!”. Joaquín asintió con humildad y al siguiente día se marchó. Desde entonces, cuando regresaba, vivía en la casa de la tía Hortensia. Ella siempre consintió a mi hermano, hasta que murió de tifoidea. Mi madre atribuyó su enfermedad a los malos hábitos del vagamundo.

Joaquín era tan absurdo, que llegué a creer que en mi mundo diminuto no había espacio para él, pese a su talla minúscula. Ahora descubro que mi corazón de niño siempre reservó un lugar para el suyo: en el fondo lo envidiaba porque entonces yo no era capaz de aventurarme más allá de los límites del barrio.

Alguien achacaba la vagancia congénita de mi hermano a su orfandad. Tal vez tenía razón, porque el chiquillo sobrellevaba un abandono pertinaz. Papá engendró a Adelaida y a Joaquín —así, en ese orden— con su primera esposa. Una mujer de espíritu libre y devota del sol, que desertó de los cuidados del niño, apenas lo dio a luz. Y no era por falta de amor, pero su beodez la dejaba fuera de circulación para cualquier faena doméstica. Así, el Joaquín se crió a la buena ventura, con los riesgos consecuentes. Cuenta la historia familiar que alguna vez alguien de la casa lo salvó de

morir asfixiado: embriagada, la madre había tomado al bebé como almohada y roncaba a pierna suelta sobre él. Acaso ahí nació su propensión al escapismo.

Por su lado, papá, incapaz de afrontar la crianza de sus dos hijos, las borracheras de su mujer y el cuidado de sus negocios, atemperaba su desesperación en la misma botella que su esposa consumía. Cuando ella murió, buscó otro dorso con quien compartir la carga pesada de dos huérfanos, y encontró a mi madre. Cuando se casaron, papá tenía ya seis meses de haber enviudado. Así llegamos al mundo, primero Rodolfo, y luego yo. Así tuvimos que convivir los cuatro hijos de papá, en un universo caótico, enredado entre las filias y fobias tormentosas de dos hemisferios, unidos indisolublemente para bien y para mal.

En su segundo matrimonio papá estuvo siempre entre dos posiciones irreconciliables: mi madre y Rodolfo, por un lado; por el otro, Adelaida y Joaquín. Yo no participé en ninguna porque no contaba: era demasiado estorbo, demasiado insignificante. Mi madre y Rodolfo preferían mantenerme al margen; Adelaida me ignoraba; y Joaquín encontraba quizás en mi nimiedad un refugio, alguien que no lo cuestionaba, alguien con quien no tenía que competir por el amor de papá. Después de todo, nos veíamos sólo cada y cuando a Joaquín se le antojaba. Por eso lo quise a pausas, por intermedios, a trozos... Hoy junté los pedazos...

Ayer, en cuanto supe de él, corrí a buscarlo. Lo encontré viejo, deteriorado, con la misma mueca ambigua que sus hermanos preferíamos descifrar como sonrisa. Me dispuse a aproximarme, y alguien de voz temblona, casi susurrante, me dijo: “Mire: lo mejor de todo es que no sufrió, se quedó como dormido”. Era una de sus viudas. **A**

Laberinto interior

Nazul Aramayo

Quien está perdido en sí mismo no tiene mucho espacio para dar vueltas.

Comprende rápidamente que se encuentra en un laberinto del que no podrá salir nunca.

SØREN KIERKEGAARD

I

La pequeña permanecía de pie a un lado del columpio que oscilaba lentamente rechinando sus largas cadenas oxidadas. Un sonido que no se apagaba, se hacía más fuerte y agobiante como el llanto de una bestia moribunda. Las nubes se diluían en la inmensa negrura del cielo mientras luces azul violeta deslumbraban mis ojos; y la niña seguía de pie, inmutable. Era terrible verla sola en aquel espectáculo de luces. Sin embargo, no podía hacer nada por ella, ni gritar ni correr; solamente observar, ser testigo de su aterradora y admirable ternura que yacía impávida entre movimientos, sonidos y colores abominables. La veía de espaldas, su cabello corto parecía castaño; su vestido largo, blanco o rosado. Era difícil distinguir los límites entre su figura y el espacio. La observaba con asombro. De pronto hizo un movimiento... no, no lo hizo; no fue voluntario: cayó. Entonces un lago de sangre apareció bajo su inerte cuerpo y el espacio caótico se tiñó rojizo. Tampoco pude hacer nada.

Desperté un poco aturdida, pero no era nada que me preocupara en realidad. Me levanté e hice lo que normalmente hago para ir al colegio: me bañé y me arreglé, desayuné un cereal bajo en calorías y tomé un café con mucho azúcar. Mientras me bañaba disfruté el recorrido del agua dulcemente en todas las partes de mi cuerpo, me gustaba y me inspiraba tranquilidad; sin embargo, recorría con dolor en mis pensamientos reavivando memorias trágicas que no se evaporaban como el efímero placer al contacto con mi cuerpo. Me dolía pensar, me dolía existir. Esa sensación me persiguió toda la mañana.

Salí de mi casa y me encontré con mi novio: un joven alto, delgado, muy apuesto; su cabello era negro, un poco largo y alborotado, me gustaba acariciarlo pasando mi mano y jugando con él entre mis dedos; sus ojos oscuros me inspiraban amor y confianza; su piel poseía cierta palidez que hacía un bello contraste con sus demás rasgos. En parte así era él; me gustaba, su atractivo aumentaba cada vez que lo veía, y cada vez que lo besaba sentía en mi corazón placer y angustia, pero lo disfrutaba. Era un sujeto complicado: vivía con personalidades diferentes, un humor cambiante, solía alejarse de los demás, pero en algún punto encontraba armonía y amor; aquel amor del cual yo era

NAZUL ARAMAYO

Torreón, Coah., 1985. Estudia el segundo semestre de la licenciatura en Comunicación y es miembro del Taller Literario de la UIA Torreón. Ésta es la primera vez que publica.

objeto. En un principio cuando recién salíamos, era muy tímido. En efecto, su timidez era mayor que la mía, lo cual me parecía desesperante, pero me acostumbré y hasta la disminuí, y estoy muy orgullosa de esto; hoy sus abrazos son más cálidos, me sujetan con una fuerza en perfecto equilibrio para sentirme amada, necesitada y segura. Además le enseñé aquellas mágicas expresiones de cariño mediante los labios y la lengua, que sabiendo como moverlos y disponerlos en lugares adecuados, producen satisfacciones que se elevan a un plano superior al de los cinco sentidos; también estoy muy orgullosa por esto.

Mientras nos dirigíamos al colegio una leve niebla de silencio nos acompañaba y a veces las palabras la disipaban ligeramente. Parecería una escena fría, pero en el fondo sabíamos que gozábamos nuestro silencio compartido. Algunas veces él mencionaba ideas sobre los cuentos y guiones que escribía o pensaba escribir, yo opinaba con sinceridad y con temor, pues me preocupada que las historias condujeran a los personajes a un destino inexorable; no importaba como empezara la historia, su desarrollo los conducía a la miseria; no obstante, resaltaba el valor moral de los personajes femeninos, los veía como seres divinos que iluminaban al hombre para buscar una vida mejor, pero la inspiración no era suficiente. Admito que él me elogiaba y me hacía sentir inmensamente bella al recitarme poemas de su creación, pero también me hacía sentir culpable por su enfermiza obsesión por aquello que él llamaba el orden trascendente o la eternidad. Solía explicarme sobre sus aspiraciones en la vida, nunca mencionaba nuestra relación en sus planes; pero sí comentaba lo mucho que le gustaría tener una hija, cuidar de ella, educarla en las artes y la filosofía, amarla.

Había aprendido mucho estando con él, mi vida había cambiado notablemente. A veces me sentía encerrada en una de sus historias kafkianas... sufria de angustia y ansiedad; no había salida, no había futuro; los sentimientos, las razones desembocaban en el caos supremo donde perdían sentido. Me aterraba pensar en el futuro que vislumbraba sin esperanzas para los mortales como nosotros, pues no había nada que pudiéramos hacer. Sin embargo, el amor me movía: yo sufria como él. Entonces lo entendía. Yo no sólo sufria los tormentos del futuro amargo, de la vida planetaria que se hundía en el abismo de la muerte; yo sufria los terrores de un oscuro pasado mezclado con fantasías esquizofrénicas que mi memoria guardaba y me mostraba en visiones desgaradoras.

II

Hace un mes, mientras caminaba por túneles sombríos, sentía que la oscuridad conspiraba en mi contra, entonces la luz desaparecía y no encontraba salidas. La angustia me consumía, mi cuerpo se enfriaba y temblaba; me caía al piso y un resplandor iluminaba una puerta fantasmal a lo lejos. Tal vez las sombras se burlaban de mí al mostrarme una salida que era custodiada por un personaje aterrador. Era un hombre calvo y muy pálido, la mayor parte de su cuerpo estaba cubierta por un líquido rojo de apariencia viscosa, por lo que no distinguía algún rasgo suyo; era una masa visceral antropomorfa. Me miraba fijamente, sus ojos desorbitados me inyectaban un terror profundo que congelaba mi sangre y violaba mi mente. La criatura extendió lo que parecían ser sus brazos, sus manos mordían los bordes verticales de la puerta; su distorsionada figura formaba una

cruz, una cruz ensangrentada que se contorsionaba...

En la mañana caminaba por los pasillos del colegio que otra vez se hacían más estrechos y oscuros, la densa niebla me envolvía y me conducía con pasos torpes, débiles, que se hundían en las podridas aguas del suelo pantanoso. Mi respiración se impregnaba del exquisito aroma de la muerte; me movía a través del oleaje de sangre espesa, era mi sangre que fluía y me arrastraba. Mi vida se hundía nuevamente en el precipicio de la desesperación, aquella quimera que atormentaba mi existencia, se alimentaba de ella, le devoraba las vísceras y las escupía mientras me contemplaba con su hipócrita sonrisa de satisfacción, sin saber siquiera que es ella misma de quien se alimenta.

Después de agobiantes horas de viaje llegué a mi destino. Abrí la puerta de nuestro santuario y entré para hacer mi purificación mensual. El horror me abordó por completo al cruzar el umbral resplandeciente de la cámara del caos. El espacio y el tiempo se distorsionaban en monstruosas personalidades que se manifestaban en luces y sonidos cuyos efectos producían una embriaguez total, una exaltación de los sentidos y, a su vez, una perdida de la razón. La personalidad más aterradora me veía con su mirada sin ojos, abatida y enfurecida; la ternura y el terror vivían en ella. En ese momento, distinguí de quién se trataba, era la niña, la niña del caos y del columpio que había visto hace un mes y hace dos... Su cara parecía no tener expresión alguna, pero yo sentía la angustia en su mirada teñida de sangre. Tanto sus ojos como su boca estaban cocidos, por eso la expresión siempre era la misma. El dolor era avasallante y no podía soportarlo. Sentí un contacto sobre mi hombro, una mano con personalidades confundidas



por las fantasías delirantes de la atmósfera surrealista. También a mis espaldas escuché un débil jadeo orgásmico que torturó y paralizó mi cuerpo. Al voltear sólo reconocí lo irreconocible: la desfigurada masa visceral de los túneles. Mi cordura y mi resistencia no soportaron más: perdí el conocimiento desangrándome.

III

Una noche la niña se subió en el columpio. Se columpiaba felizmente elevando su relativa inocencia y su gozo a una realidad pura, trascendental. Las cadenas rechinaban festejando la alegría desbordante e ingenua que emanaba de la melódica risa de la pequeña, las nubes, la luz y el viento la alababan, se agrupaban con devoción y formaban criaturas mágicas con su aliento jovial. La niña seguía viviendo y era feliz hasta que el columpio se detuvo. Una fuerza sacudió con violencia las cadenas, las ondas se propagaron hasta tumbar a la niña del columpio. La niña había perdido el equilibrio, había sido atacada por una fuerza misteriosa que no quiso reconocer, pues al incorporarse y ver a su agresor, sus ojos se estremecieron y bruscamente escupieron sangre, su boca se expandió y se ahogó en gritos mudos. La desesperación abusó de ella. Coció sus ojos y su boca, y así la oscuridad y el silencio se convirtieron en sus amigos íntimos, en sus guías en los pasillos escabrosos de la existencia. Su inocencia había muerto.

Después de ir al baño me encontré con mi novio, quien notó mi agitado estado y me abrazó como sólo él puede hacerlo: tierna y fervientemente. Me dijo con cierta inquietud que quería hablar conmigo en un lugar calmando, que era algo trascendental. Lo entendí y le propuse que fuéramos a mi casa, debido a que ahí no había na-

die; mi madre trabajaba desde la mañana y hasta ya noche. Él asintió y nos fuimos. El viaje resultó más largo que los anteriores, la atmósfera estaba saturada por la esencia de la muerte. Además, mi cuerpo reaccionaba de manera inusual, casi extraordinaria; mis pulsaciones, mi respiración, mi transpiración, todo era más intenso, más vivo y más doloroso.

Nos sentamos en un sillón al llegar a mi casa. Él estaba muy nervioso y difícilmente podía articular frases con elocuencia, desviaba su mirada, se tocaba la nuca, cambiaba de posiciones, se perdía en su mundo de palabras y fundamentos, rechazaba y hasta condenaba expresar libremente sus sentimientos, pues éstos no se escapaban de la razón. No podía seguir viendo cómo su estructura lógica se tambaleaba tan bruscamente ante impulsos tan puros y nobles como los sentimientos afectivos, lo repudiaba, por su culpa sufría, pero gracias a él existía. Me acerqué más a él, acaricié su ruborizada mejilla y le dije que se callara, que me daba asco. Lo besé, besé sus labios, sus mejillas, su cuello, su pecho, su abdomen... lo desvestí, él me desvistió. Intercambiamos caricias y pasiones cada vez más profundas y, al mismo tiempo, elevadas en el goce espiritual y carnal. Las debilidades de nuestros cuerpos se unieron una con otra, nuestras vidas fluían ardientemente, se fundían en el juego romántico expresado en su máxima culminación. Mi cuerpo y mi mente eran enajenados por un deleite embriagador, el éxtasis divino y terreno, la dualidad, la paradoja; éramos uno.

El orden místico de los sentimientos alborotados penetraba en mi mente despertando placeres y dolores ignorados u olvidados. Las imágenes caleidoscópicas llegaban y se iban una tras otra hasta tomar formas reales irreco-

nocibles. El placer me penetraba con culpa, con terror; me empapaba de recuerdos malditos a los que sucumbía, estaba atada a la miseria humana, al dolor. Los retratos de la bestia antropomorfa entraban y salían de mi mente causándome espasmos en todo el cuerpo. Las vísceras se me revolvían, mientras que la masa de sangre encarnaba en una figura, un personaje conocido. Los cuadros seguían atormentando mi vista; no podía contenerme, la culpa me destruía. Así pues, entre gemidos y placer grité sin control, fueron gritos secos y mudos. Ya estaba contaminada, mi cuerpo y mi mente sólo actuaban por él, el asesino: mi padre.

Las lágrimas y la sangre inundaron mis congojas y mis vergüenzas, la verdad me escarmentaba, las ficciones habían sido destruidas por otro como él, por la culpa y por el placer. Ahora mi ser estaba desecheo, era inútil ignorarlo y todavía más tratar de superarlo. Ni un tierno abrazo de mi novio me consolaba; yo era insoportable.

Me levanté de mi ataúd virtual y caminé hacia la cocina. Pensaba poner fin a esta miseria, viviría como un árbol con sangre o tal vez como otra

persona, no me importaba. Tomé uno de los cuchillos más filosos, lo sujeté con mi mano derecha. Me hinqué y levanté mi diestra, respiré profundamente y pensé por última vez lo que tenía que hacer: cortarme las venas. Mientras lo pensaba un sentimiento de melancolía me conmovió, entonces empecé a llorar, las lágrimas corrían para salvarme, se apresuraban en llegar a lo más hondo de mí, pero desaparecían. Tampoco soportaba esta actitud de mi cuerpo; no obstante, hoy sí podía demostrarle que yo lo dominaba. Pasé rápidamente el filo del cuchillo sobre mis ojos; mi visión se tornó de cristalina a rojiza, y de rojiza a negra. Ya nada más existía para mí, ahora podía desaparecer. Levanté de nuevo mi brazo derecho y coloqué el izquierdo en posición; estaba lista. De pronto, la ternura y el fervor de la vida me avasallaron con sus brazos, me sujetaron por la espalda. Fui anonadada por salidas deslumbrantes, todas ilusiones: yo sabía que sólo eran más entradas. Mi mano perdió fuerza y dejó caer el cuchillo. Me condené a vagar por los pasajes de la existencia, aunque bien sabía que el filo de mi arma era la única salida. **A**

Los fines de semana

Carlos Martín

CARLOS MARTÍN

Mérida, Yucatán, 1966. Ha publicado *Silencio de polvo*, *Después del aguacero* y *Al final de la vigilia*. Con este texto obtuvo el Premio Nacional de Cuento Mérida Beatriz Espejo 2003.

De esa noche recuerdo, sobre todo, la sonrisa del arlequín.

Cada cierto tiempo doña Evelyn renovaba el decorado de la casa de campo y en esa ocasión, por tratarse de la época de carnaval, decidió que al cuarto de visitas le vendría bien aquella figura de cerámica cuyas pupilas resplandecían en la oscuridad.

Me gustaba pasar los fines de semana con Emilio porque su frondosa madre, aparte de permitirnos beber durante todo el día mientras nadábamos en la alberca, solía tomar baños de sol portando bikinis de colores fosforescentes que hacían juego con su piel bronceada y sus collares de madera. Nos sentábamos en las tumbonas de teka, a la sombra de los cocoteros enanos, y platicábamos de cine mientras la sirvienta se dedicaba a llenar nuestras copas con daiquirí de fresa.

A doña Evelyn le gustaba Marcello Mastroianni; decía: el garbo, la mirada profunda, la elegancia, la seguridad en sí mismo. ¡Garbo! ¡Seguridad! Me hubiera encantado gritarle al rostro lo que el movimiento de su cuerpo escondía detrás de sus palabras, pero prefería escucharla a la vez que le oteaban los senos embadurnados de aceite luchando por escapar de la prisión del sostén.

La primera vez que aparecí en la casa de campo, Emilio no estaba. Fue doña Evelyn la que me recibió:

—Así que tú, guapo, eres Andrés. Mi hijo me ha hablado mucho de ti, no sabes el gusto que me da conocerte. Pasa, ponte cómodo. Él debe llegar en un par de horas, ayer se quedó a dormir en la ciudad con su padre, ¿quieres tomar algo?

Sin poder hablar, hice varios movimientos afirmativos, como si en lugar de garganta, un resorte me sostuviera la cabeza. No podía creer que esa mujer de melena rubia, ojos de tigre, pechos grandes y soberbio culo fuera la madre del bueno de Emilio. Tomamos asiento en un sofá en la terraza junto a la piscina y ordenó a los sirvientes que pusieran música y nos trajeran un par de cocteles. El sube y baja de los acordes de un bossanova llegó hasta mis oídos. Al principio ella estaba seria y me preguntaba cosas del tipo que cualquier señora le hubiera preguntado al mejor amigo de su hijo, pero cuando íbamos por el cuarto o quinto daiquirí se quitó las sandalias, subió las piernas al sofá y empezó a hablar de sexo con un atrevimiento que en mi casa jamás habría sido posible. ¡Era tan diferente a Emilio! Él, a pesar de ser un

muchacho bien parecido que hubiera podido andar con la que se le antojara, era más bien solitario y prefería pasar la mayor parte de su tiempo libre conmigo. No hablaba mucho, tal vez por ser hijo único o por el divorcio de sus padres, pero esto no era problema: para eso estaba yo. Desde que nos conocimos, surgió entre nosotros un vínculo que el paso del tiempo se encargaría de ir acrecentando. Era yo el que conseguía las películas pornográficas y quien organizaba las excursiones a la zona de tolerancia para mirar de lejos a las putas. A veces, protegidos por la seguridad del motor en marcha y los vidrios polarizados del automóvil, nos aproximábamos hasta ellas para verles de cerca, pero nunca nos atrevimos a perturbar la espera de esas princesas de rizos falsos y caras pintarrajeadas, tan distintas de la mujer que en aquel momento se dirigía a mí con una confianza inesperada.

Fue durante esa primera plática cuando me confesó que Emilio le había comentado sobre otros de nuestros juegos. ¿Se puede saber, jovencito, lo que se siente hacerlo con una muñeca inflable?, me dijo en voz baja, sonriendo, acercando su boca hasta uno de mis oídos, de tal forma que pudiera yo sentir, sobre mi lóbulo, el vaho cálido de su aliento. Mientras platicábamos, me era imposible desviar la vista de sus pechos. Las manos me sudaban y no podía ocultar mi nerviosismo. Me sentí como Dustin Hoffman con la señora Robinson en *El Graduado* y, por un instante, pasó por mi mente la idea de acariciarle las piernas a doña Evelyn, pero luego imaginé el escándalo que se armaría en caso de que ella me rechazara, así que preferí seguir bebiendo en silencio. Además, hacía mucho calor y las sienes me retumbaban con fuerza. No recuer-

do en que momento ella cambió el tema (solía hacer esto con frecuencia; de pronto fijaba la vista en el vacío, movía de un lado a otro sus ojos esmeralda y empezaba con otro asunto). El caso es que cuando comenzó con lo de su pasión por el viejo Marcello Mastroianni (decía Marcheello, alargando la segunda sílaba con un tono ondulante, frunciendo los labios en una suerte de beso al aire), Emilio aún no aparecía y yo estaba completamente borracho.

Esa tarde, sin habérmelo propuesto, tuve que quedarme a dormir en la casa de campo. El cuarto de visitas, por ese tiempo, estaba adornado con fotografías del Brasil. Recuerdo haberme soñado desnudo, caminando a la orilla de una playa de arenas blancas y aguas apacibles. De cuando en cuando recogía guijarros y los lanzaba con fuerza al mar. Mi piel brillaba al recibir los rayos del sol. El camino parecía no acabarse nunca, la sed me abrasaba. Y al acercarme al océano para beber del agua con la cuenca de mis manos, el líquido me quemó la lengua, los dientes, haciéndome arder el estómago como si fuese el peor de los ácidos. Entonces desperté; tenía la frente sudorosa, la garganta seca y mis labios agrietados. Estaba desnudo: alguien me había quitado la ropa antes de meterme a la cama. Tratando de no hacer mucho ruido al caminar sobre el piso de madera, me dirigí al baño. Tomé agua del grifo y fui directo a mirar por la ventana. Hacía una noche limpia acompañada de un concierto de ranas. Estaba avergonzado. ¿Con qué cara me iba a presentar a la hora del desayuno? Después de un rato y luego de pensarla bien, volví a la cama. No tenía porque sentirme mal: finalmente, doña Evelyn debía entender que a los quince años es difícil aguantar el embate de tantos daiquirís.

A la mañana siguiente apareció como si nada en la terraza. Allí habían servido fruta y huevos con jamón. Emilio me estaba esperando; no tenía camisa y sentí envidia de sus abdominales y bíceps marcados. Al ver que doña Evelyn no iba a tomar el desayuno con nosotros, me pareció absurdo ser el primero en hablar de lo sucedido, así que esperé a que él tocara el tema.

—De lo de ayer, ni te preocupes— soltó al cabo, interrumpiendo nuestra charla. —Mamá es así, ella dice que lo que aquí sucede, aquí se queda— agregó en voz baja, acercándose hasta mí, con el mismo gesto que utilizó su madre al inquirir sobre las inflables. En ese instante pude darme cuenta del sutil parecido físico que existía entre ellos.

Luego nos metimos a la piscina y como siempre, jugamos a “cocodrilar”, una especie de lucha grecorromana bajo el agua. Se trataba de ver quien era el primero en sacar al otro a la superficie.

Cuando se acercaba el carnaval, Emilio me propuso pasar las vacaciones en la casa de campo; mis padres iban a ir a Las Vegas en una de esas excursiones para gente mayor, así que me pareció buena idea aceptar el ofrecimiento.

Esa vez encontré el cuarto de huéspedes adornado con máscaras venecianas y el arlequín de colores. A pesar de haber regresado en numerosas ocasiones a la casa de campo, doña Evelyn no me había vuelto a tratar con la confianza de la primera ocasión. Se dirigía a mí con seriedad; hablábamos, mayormente, de temas relacionados con el cine. Supongo que eran así porque Emilio estaba de por medio.

Pero nada me impidió, al momento de desempacar mis cosas, observarla a gusto desde mi ventana, cuando en el



jardín se puso a bailar al ritmo de *La chica de Ipanema* antes de zambullirse en el espejo de agua de la piscina. Cada uno de sus movimientos invitaba a lamer los rincones de su cuerpo. ¡Qué no hubiera dado por darle una mordida a las aceitunas de sus pezones! Soñaba con encontrármela sentada en la tumbona, desnuda y abierta de piernas, enseñando la raja velluda, haciéndome señas con el índice de la mano derecha para que fuera a su encuentro.

Estaba harto de Emilio y las inflables. No iba a dejar pasar la oportunidad. ¿Qué podía perder? Ella me atraía con tanta fuerza que me mantenía en constante estado de excitación. Y de todo esto Emilio era totalmente consciente. Por eso no se extrañó cuando al caer la tarde, después de haber disfrutado juntos la piscina y bebido muchos daiquirís, le dije que necesitaba descansar un poco y me dirigi al cuar-

to de su madre en lugar de ir a mi habitación.

Un rastro de huellas húmedas quedó grabado sobre el parqué. Al llegar ante la puerta de doña Evelyn me detuve; estaba nervioso y el corazón me latía aprisa; cerré los ojos, la imaginé desnuda, acostada en su cama, acariciándose para mí. Sentí una fuerte erección y me sobé con ansiedad. Detrás de aquella puerta, ¿cuánto placer me esperaba? Jamás pude saberlo. Antes de abrirla descubrí que Emilio observaba desde hacía un rato la escena. Lo único que acerté a balbucear mientras él avanzaba hacia mí, era que me perdonara.

Abrí los ojos. Emilio dormía con la cabeza apoyada sobre mi pecho a modo de almohada. Con cuidado, retiré de su frente un mechón de pelo y miré la tranquilidad de su rostro. Fue entonces cuando me incorporé y descubrí en la penumbra la sonrisa del arlequín. **A**

El Camino de Santiago, el camino de la vida

Rossana Conte

ROSSANA CONTE

Licenciada en Diseño Gráfico por el ISCYTAC (hoy ULSA Laguna). Ha colaborado como docente en el Departamento de Arte y Diseño y el Centro de Idiomas de la UTA Torreón. Actualmente es profesora de canto, guitarra, arte e idiomas para niños y adolescentes en algunas instituciones educativas de la región.

Un comentario sobre el Camino de Santiago hecho al azar por alguien que yo estimo, encendió mi interés. Escuché que si uno camina los últimos 100 kilómetros hasta llegar a Santiago, le dan la “Compostela”. ¿Qué era eso? ¿Qué era el Camino de Santiago? ¿Quién caminaba, por dónde, cuándo, con qué fin...? Tantas preguntas se agolparon de pronto, que me puse a buscar información y poco a poco comenzó a llegar más y más: me comentaron que el libro *El Peregrino* de Paulo Coelho se trataba precisamente del Camino. Me lo regalaron. Seguí buscando. En internet, en el sitio web www.xacobeo.es, la página oficial sobre el Camino a cargo de la Xunta de Galicia, me encontré con la frase: “ochocientos kilómetros al centro de tu corazón” —o algo así—. Allí comencé a ver datos prácticos, tales como preparación previa, equipo, ropa necesaria, costo aproximado, recorrido, distancias, albergues, comidas, etcétera, así como datos históricos e información sobre el arte en el Camino: arquitectura y escultura de la época medieval.

Un cúmulo de cosas que poco a poco iban dándome la certeza de que esto era precisamente lo que yo quería y necesitaba en el momento concreto

en el que me encontraba: una desconexión de lo cotidiano, de responsabilidades, compromisos, rutinas, horarios, coche, teléfonos... Un alto en el camino de la vida para “echarme un clavado interno” justo a la mitad de mi existencia (suponiendo que llegue a los ochenta y tantos).

La víspera de Año Nuevo, siguiendo un rito supersticioso, me colgué una mochila y una “vieira” —concha— y salí a la calle diciendo “he de ir a Santiago”. Todos en mi casa se rieron mucho, sin embargo, para julio estaba en España, camino a El Camino.

El Camino de Santiago tiene muchos aspectos desde los que se puede ver: el espiritual, el físico, el del arte y la historia, el humano, de convivencia y camaradería, el topográfico y el deportivo, entre otros. Sin embargo, de alguna manera y sin importar la razón por la cual la gente vaya a El Camino, todos los aspectos se tocan, sobre todo el de los movimientos a nivel interno y espiritual. En esto coincidí una y otra vez al hablar con decenas de peregrinos de muchas partes del mundo a lo largo de mi recorrido.

Antes de partir, caminaba todos los días para entrenarme y llegar con cierta condición física; me preparé, lle-

né la mochila con “lo indispensable y lo imprescindible” —según yo— y me fui.

Comencé El Camino en Logroño, una ciudad de La Rioja. La noche previa a la salida tuve mucho miedo, pues iba sola y no sabía a lo que me enfrentaría ya en la realidad. Al llegar, me fui al albergue del Peregrino, y la primera impresión que tuve al entrar fue la de haber llegado a un hospital de heridos de guerra. En los dormitorios había un silencio casi absoluto, y todo estaba en penumbra, a pesar de ser como las tres de la tarde. Había gente curando las heridas a otros, gente que cojeaba, gente joven y vieja, hombres y mujeres de todos los colores, de todas las lenguas. Más tarde, en el patio, era como una fiesta: risas, cantos y miles de historias. Sin embargo, la primera lección de El Camino la tendría al día siguiente, al comenzar la travesía. Me eché a andar sola, en la madrugada, con el corazón rebosante de dicha y la mochila llena de cosas inútiles y pesadas. No había avanzado ni seis kilómetros, cuando sentí que ya no tenía fuerzas para seguir.

No sé cuánto pesaría mi mochila, pero era bastante. Marcelino, el peregrino de La Rioja, un personaje pintoresco y generoso, de esos que encuentra uno por El Camino, me aconsejó que tirara la mitad de lo que llevaba, y me regaló una vara o cayado que me acompañaría los 600 kilómetros que me quedaban hasta llegar a Santiago.

Seguí andando con una dificultad increíble, hasta llegar a un pueblo con albergue. Allí me deshice de algunos objetos y ropa, con muchísimo pesar, y al día siguiente, de más cosas, incluyendo la maravillosa mochila que llevaba, para hacerme de una nueva más pe-

queña, y ahora sí, con lo indispensable. Allí aprendí que “lo indispensable” es muy poco: algo con que cubrirte, algo con que asearte, algo con que curarte, agua y ya. La comida la vas comprando. No fue un aprendizaje fácil. Me costó mucho aprender a ir “ligera de equipaje”, trabajar los apegos.

Pronto comencé a conocer gente maravillosa, que había estado en El Camino en otras ocasiones y lo “hacía” una vez más. Una peregrina me hizo ver que cada quien llevaba su ritmo. Ella iba con su marido, sin embargo, ni ella corría para alcanzarlo ni él iba despacio para ir a su lado. Cada uno iba a su propio ritmo, ya se alcanzarían en el próximo pueblo, más adelante. Esto me pareció una enseñanza muy significativa para la vida, la cual comprobé una y otra vez con diferentes peregrinos con los que caminé en distintas ocasiones; alguien siempre caminaba más de prisa, o más lentamente, necesitaba más tiempo de descanso, o lo que fuera.

También descubrí algo totalmente nuevo para mí, en esos encuentros y desencuentros, bienvenidas y adioses: una vez que conoces a alguien y comienzas a quererlo, al separarte de él o ella, hay sufrimiento, se experimenta una pérdida; sin embargo, si lo dejas ir, o si te vas con libertad, es muy posible que te lo vuelvas a encontrar más adelante, tal y como sucede en la vida, y aunque el momento y el lugar sean diferentes la próxima vez, siempre experimentarás júbilo por volverlo a ver, y te alegrará saber de su vida. Esta es otra oportunidad de El Camino para trabajar en los apegos hacia las personas, y para tomar las relaciones humanas con más tranquilidad.

Otra cosa que aprendí fue a amar mi cuerpo; esta máquina maravillosa que si está bien alimentada, bien des-



cansada y bien entrenada, responde de una manera casi perfecta. Conocí mis ritmos, mi velocidad, cuándo acelerar, cuándo parar. Mi cuerpo se acostumbró a los horarios de El Camino, a sus rutinas, y aunque hacer El Camino supone un esfuerzo físico importante, y yo no soy lo que se dice una atleta ni mucho menos, esto me hizo valorarlo aún más.

Siento que El Camino de Santiago es como el camino de la vida, en el sentido de que te presenta todas las situaciones que puedes enfrentar en ella, sólo que en pequeños bocados, aunque muy intensos. A veces es llano, otras, pedregoso; hay cuestas que subir y pendientes empinadas que bajar. A veces vas solo y otras acompañado, a veces tu meta está lejana y otras cerca; te enfrentas a tus propios demonios y a los ajenos, y también encuentras ángeles por ahí. Todo él se confabula para darte lo que viniste a buscar. Eso y más, lo que no te imaginabas siquiera que experimentarías o llegarías a ver, a descubrir.

Hubo momentos de una dicha tal, en los que lloré, pensando que nada ni nadie me había preparado para experimentar tanta belleza, tanto amor, tal sintonía con la naturaleza. Yo creo tener una sensibilidad especial para percibir las cosas, sin embargo, me queda claro que en El Camino hay algo muy fuerte, que nos toca a todos los peregrinos, y que no es cuestión de sensibilidad, edad, educación o creencias. Es como si estuviera cargado de energía de tantos y tantos peregrinos que al correr de los siglos han ido pisando esas mismas piedras, sufriendo y gozando con su vida a cuestas, con sus alegrías, sus culpas, sus pecados, con su fe y su voluntad de seguir adelante a pesar del esfuerzo, del dolor físico, del clima, del

peso, de la soledad... Además, para nadie es el mismo Camino: cada uno lleva y toma algo que es único para sí.

No quiero que se me olvide lo vivido: la frescura y la sorpresa, la emoción y el sobrecogimiento con el que he mirado y sentido la naturaleza, o al entrar a un pueblo y ver las casas, las puertas, las ventanas, las callejitas que suben, bajan, se tuercen... la gente, los perros, los gatos, las gallinas; el olor de esos pueblos, de los establos, el aroma del café caliente y dulce cuando me he parado a descansar, la charla amena con la dueña o con los peregrinos. Que no se me olvide la ternura que he sentido por los peregrinos, esa especie de hermandad a que nos convida El Camino.

Al poco tiempo de haber regresado de El Camino de Santiago, llegó a mis manos un libro de Hermann Hesse, *El caminante*, donde el autor habla de "nosotros, los nómadas", y hace poco veía en TV una película en donde alguien dijo algo acerca de nuestra "alma de peregrino". Es curioso, pero una y otra vez encuentro referencias hacia la manera en que nuestro espíritu vive, siempre en

movimiento, siempre queriendo ir más lejos.

Quiero volver a El Camino de Santiago. Ver de nuevo los parajes en donde éramos el camino y yo, nadie más. El Camino con sus insectos, mariposas, cigarras, con sus espigas, cardos y flores, con sus viñedos y sus trigales, con sus montañas, bosques y llanuras, sus puentes y sus pueblos de piedra. El Camino con su sol abrasante, su lluvia, su frío matinal, sus noches cerradas, sus madrugadas. El Camino como río de gente que hablaba todos los idiomas, pero donde uno era el común: el del corazón. Gente que compartía: comida, agua, consuelo; que lloraba y reía conmigo, que nos perdíamos juntos, que nos encontrábamos... Yo soy peregrina. Lo soy por vocación y por herencia. Tal vez lo he sido desde hace muchas vidas, desde hace siglos, y es peregrinando, andando los caminos de tierra, y bajo otros cielos, que encuentro mi esencia, que me reconozco en otros caminantes, al mirarnos, al tocarnos el corazón, para luego despedirnos con un "¡Buen camino, peregrino!" **A**

Kubrick y la capacidad de elegir

Fernando Santoyo Tello

FERNANDO SANTOYO TELLO
Estudiante de la licenciatura en
Comunicación e integrante del Ta-
ller Literario en la UIA Torreón.

Quizá el hombre que elige el mal es en cierto modo mejor que aquel a quien se le impone el bien como una obligación. En esta declaración baso mi opinión sobre la versión cinematográfica de la obra de arte *Naranja Mecánica* (1971). A más de treinta años de su estreno, esta cinta dirigida por Stanley Kubrik y basada en el libro de Anthony Burgess, es una obra que revolucionó el cine y las conciencias humanas en los setenta, y que aún ahora continua siendo sumamente subversiva.

Esta película además de ser un parte aguas en la cinematografía y de instalar varias escenas en la mente del público, contiene su propio lenguaje. Expresiones como *droogs*, *videar*, *gulliver*, *devotchka* y *horrorshow* son constantes en la historia, inclusive la gramática tampo-
co se respeta, palabras como *thou* del inglés antiguo se mezclan con el vocabulario de los protagonistas. El humor es negro y ácido, no sólo las situaciones y el habla contribuyen a este resultado tan singular, sino también la banda sonora. Las composiciones de Beethoven y Henry Purcell entran en momentos claves que sin ellas, no tendrían la relevancia que poseen, ni sus imágenes ostentarían esa retorcida belleza.

En el lenguaje cinematográfico es una pieza impresionante, en cuestión filosófica aún más. El título ha genera-

do mucha confusión, para aclarar que no trata acerca de la selección de fútbol de Holanda cito al autor del libro: “el ser humano está dotado de libre albedrío, y puede elegir entre el bien y el mal. Si sólo puede actuar bien o sólo puede actuar mal, no será más que una naranja mecánica, lo que quiere decir que en apariencia será un hermoso organismo con color y jugo, pero de hecho no será más que un juguete mecánico al que Dios o el Diablo (o el Todopoderoso de su elección) le darán cuerda”.

Un ser humano se desarrolla plenamente y en armonía, pero cuando alguien interviene, cuando este ser es condicionado, es conducido a responder con una acción mecánica a los estímulos del medio... Dilucidar si en realidad la película fue un tributo absurdo e insensible a la violencia o una reflexión profunda sobre la validez y grandeza del libre albedrío de la raza humana, sólo puede ser contestado por el propio Kubrick, ya que como en la mayoría de las obras de culto de la cinematografía mundial, cada espectador tiene una opinión diferente acerca del mensaje concreto de cualquier filme.

La película tanto como el libro, se desarrollan en un futuro antiutópico, en el que el pasatiempo de la juventud es la ultra violencia. Los jóvenes se re-

únen en pandillas y se dedican a violar, golpear, matar y torturar personas al azar; la cinta trata específicamente sobre el líder (Alex) de una de estas pandillas, quien actúa de una forma despótica, por lo que sus compañeros deciden traicionarlo y entregarlo a la policía.

Después de pasar dos años en la cárcel, entabla amistad con el sacerdote de la prisión, y un día discute con él un proyecto llamado “Técnica Ludovico”; Alex lo ve como una manera fácil y rápida de salir de prisión, pero el sacerdote le advierte sobre los riesgos del proyecto con la que me parece la frase más significativa de la película y sobre la que gira su trama filosófica: “Cuando un hombre no puede elegir, deja de ser un hombre”.

Alex, quien sólo veía al sacerdote como un medio para salir de ahí o en última instancia, hacer su encierro más placentero, no le da importancia a esto y decide formar parte del proyecto que reformaba la personalidad del sujeto utilizando conductivismo: Alex era amarrado a una silla y mantenían sus ojos abiertos a la fuerza, obligándolo a ver escenas de violencia, acompañadas por música de Beethoven (irónicamente su favorita), después de que un suero que le causaba náuseas y una sensación de agonía era inyectado en su cuerpo. Debido a esto pierde su naturaleza agresiva y cada vez que se siente inclinado a cometer actos de violencia, experimenta la sensación de agonía acompañada de náuseas, por lo que se ve imposibilitado para realizar estas acciones.

Al final, después de una serie de peripecias en las que paga hasta en el más mínimo detalle cada crimen que cometió, es “curado” y vuelve a ser la persona que antes era, y queda como un héroe por haber sobrevivido las torturas y los abusos del gobierno.

Esta cinta, en esencia, habla acerca de un ser, que para la sociedad era mejor como un autómata carente de libre albedrío, pero para sí mismo y para la naturaleza, era mejor como un asesino. ¿Por qué? Porque era su elección. Nadie niega que era una elección reprobable y por la que debía ser castigado, pero nunca debió ser cambiado, a menos que él así lo deseara.

De ningún modo la violencia o el asesinato son prácticas aceptables, mucho menos atractivas, pero es fascinante ver cómo se utiliza el contraste para mandar un mensaje duro en un exterior grotesco y deformé. No creo que sea un fomento a la violencia o que contribuya a ensalzarla, más bien creo que habla sobre el poder que tiene la libertad del ser humano, poniendo de manifiesto que sin ella no somos más que objetos; perdemos nuestra humanidad al ser privados de la capacidad de elegir, por lo que un hombre como el protagonista de esta película, era más humano siendo un monstruo que siendo un ciudadano modelo al que no se le dio la opción de escoger su propio destino.

Es una brillante alegoría política y una sátira cruel sobre la represión; gran parte de la polémica que causó el filme en su estreno radica precisamente en que no da una visión amable. Es, en cambio, un punto de vista cínico y descarnado sobre el totalitarismo en una sociedad llena de buenas intenciones.

En sí, se trata de una gran obra filosófica poco recomendable para personas de estómago débil o moral sensible, a menos que estén dispuestas a ver más allá de la muerte y el dolor, con la finalidad de encontrar un intenso mensaje de libertad. ☩

Invitación a colaborar

Acequias es una revista interdisciplinaria que aparece cuatro veces al año, paralela a las estaciones: en primavera (marzo), verano (junio), otoño (septiembre) e invierno (diciembre); editada por la Vicerrectoría Educativa y dirigida, sobre todo, a la comunidad que integra la *UIA* Torreón.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la cual se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, porque remite a la feracidad del agua vertida en el desierto y, además, porque este vocablo sugiere, entre sus grafías interiores, las siglas de la *UIA*: **acequias**.

Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores de la Universidad.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la *UIA*, ***Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros, textos de creación literaria, dibujos, historietas o caricaturas.** Tomando en cuenta la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista, habrás de evitar el lenguaje muy especializado, así como la excesiva acumulación de datos o referencias eruditos. Los textos deberán estar escritos de manera clara, sencilla y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al elegir tu tema.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio: se recomienda que el tamaño de la letra fluctúe entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original impreso y su versión en disquete (que será devuelto luego de copiar el archivo correspondiente).

Los textos deberán ir acompañados, **en hoja por separado**, de la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la *UIA*
- Brevísimas referencias curriculares

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia del autor, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, extensión y cupo. Los artículos que así lo requieran, recibirán corrección de estilo.

Los materiales propuestos para su publicación deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la *UIA* Torreón. También pueden entregarse directamente al editor o enviarse a la dirección electrónica acequias@lag.uia.mx

La fecha de cierre del número 29 de *Acequias* será el 11 de agosto de 2004.